

Daniel

Capítulo 9

La Oración de Daniel y las Setenta Semanas

Los capítulos 8 y 9 de Daniel forman parte de la misma entidad básica, y para entender cualquiera de los dos capítulos es necesario entender el otro. En el versículo final de Daniel 8, el profeta se encontraba en gran perplejidad y angustia. Dios había enviado a Gabriel para dar entendimiento a Daniel, pero la misma explicación dejó al profeta en estado de desánimo e intriga.

El año de esta visión era el mismo año en que Ciro emitió su decreto, permitiendo que los judíos regresaran a Jerusalén y reconstruyeran el templo. De la profecía de Jeremías sobre los setenta años, Daniel dedujo que este era el fin del período en que su pueblo habría de permanecer bajo la bota opresora. Pero la visión de Daniel 8, según la cual pasarían 2300 días proféticos (o años literales) para iniciarse la restauración del santuario y que el pueblo de Dios saliera del yugo del opresivo, lo dejó en suma perplejidad y angustia.

Daniel sabía que la razón por el cautiverio babilónico **era la iniquidad de la nación**. Y ahora él temía que debido a estas iniquidades Dios ahora no permitiera el retorno a Jerusalén, sino que concedería al enemigo prevalecer, y al santuario permanecer en desolación por más de dos milenios hasta el mismo “tiempo del fin.” Así es como en Daniel capítulo 9 el profeta ofrece una muy sincera oración, confesando las transgresiones de su pueblo (*espíritu de intercesión*), mismas que habían traído una justa retribución, y pidiendo a Dios que ahora produjera arrepentimiento. Él suplica por perdón de las transgresiones, y que no se difiera más la tan esperada restauración (Dan. 9:4-19).

En respuesta a esta sincera oración, Gabriel nuevamente fue enviado a Daniel, diciéndole que era muy amado por Dios y que había venido para darle entendimiento y habilidad (Dan. 9:22-23). Aquí se hace claro que la visión de Daniel 9 está muy relacionada con la visión de Daniel 8; y que el santuario de los capítulos 8 y 9 no se trata del santuario terrenal en Jerusalén que entonces estaba desolado; sino que **es el santuario en el Cielo**, en el cual el Mesías mismo es el gran sumo sacerdote; **y del cual el santuario de Jerusalén era sólo un tipo (un símbolo)**. Aunque la presente desolación de Jerusalén y su santuario casi llegaba a su fin y la ciudad y el templo pronto habrían de ser reconstruidos, había por delante otro período de represión para el pueblo de Dios. Llegaría otro príncipe (*simbolizado por el cuerno pequeño*) que “destruiría la ciudad y el santuario” (Dan. 9:26), y las desolaciones no terminarían hasta que el desolador mismo fuese llevado a su destrucción (Dan. 9:27). Edwin Thiele, *Outline Studies in Daniel*, página 110.

Versículos 1-2. “En el año primero de Darío hijo de Asuero, de la nación de los medos, que vino a ser rey sobre el reino de los caldeos, en el año primero de su reinado, yo Daniel

miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años”.

4CBA:1179. En los capítulos 27, 28 y 29 de Jeremías se encuentra una copia de las cartas enviadas por el profeta a los cautivos hebreos de Babilonia, y de las cartas enviadas por los falsos profetas a esos cautivos y a las autoridades de Jerusalén, junto con un relato del conflicto entre lo verdadero y lo falso.

Inmediatamente después de este intercambio de cartas entre Jeremías y los ancianos de los israelitas cautivos, el profeta recibió la instrucción de escribir en un libro todo lo que le había sido revelado acerca de la restauración de Israel. Esto está registrado en los capítulos 30 y 31 de Jeremías.

Estos, junto con las profecías del capítulo 25, son las cartas y los registros que el profeta Daniel, durante "el año primero de Darío hijo de Asuero, de la nación de los medos", estudió con oración más de sesenta años después de que se escribieron (RH, 21-03-1907).

PR:406. Mediante otra visión le fue dada luz adicional acerca de los acontecimientos futuros; y fue al final de esta visión cuando Daniel oyó "un santo que hablaba; y otro de los santos dijo a aquél que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión?" (Dan. 8:13.) La respuesta que se dio: "Hasta dos mil y trescientos días de tarde y mañana; y el santuario será purificado" (Verso 14), le llenó de perplejidad. Con fervor solicitó que se le permitiera conocer el significado de la visión. No podía comprender la relación que pudiera haber entre los setenta años de cautiverio, predichos por Jeremías, y los dos mil trescientos años que, según oyó en visión, el visitante celestial anunciaba como habiendo de transcurrir antes de la purificación del santuario. El ángel Gabriel le dio una interpretación parcial; pero cuando el profeta oyó las palabras: "La visión... es para muchos días," se desmayó. Anota al respecto: "Yo Daniel fui quebrantado, y estuve enfermo algunos días: y cuando convalecí, hice el negocio del rey; mas estaba espantado acerca de la visión, y no había quien la entendiese." (Dan. 8:26-27).

Todavía preocupado acerca de Israel, Daniel estudió nuevamente las profecías de Jeremías. Estas eran muy claras, tan claras, en realidad, que por los testimonios registrados en los libros entendió "el número de los años, del cual habló Jehová al profeta Jeremías, que había de concluir la asolación de Jerusalén en setenta años". (Dan. 9:2).

4CBA:1193. Mientras que los que habían permanecido fieles a Dios en medio de Babilonia buscaban al Señor y estudiaban las profecías que predecían su liberación, Dios estaba preparando el corazón de los reyes para que simpatizaran con su pueblo arrepentido (RH, 21-03-1907).

RH, 14 de Marzo de 1907. Poco después de la caída de Babilonia y el inicio del imperio universal de Medo Persia, en el primer año del reinado de Darío el medo Daniel el profeta "entendió por los libros el número de los años en los cuales la palabra del Señor vino a Jeremías el profeta, que habrían de transcurrir setenta años en las desolaciones de Jerusalén”.

4CBA:1194. **Israel había estado en cautiverio por casi setenta años. La tierra que Dios había elegido como su posesión había caído en poder de los paganos. La ciudad amada, receptáculo de la luz del cielo, una vez el gozo de toda la tierra, ahora era despreciada y envilecida.** Estaba en ruinas el templo que había albergado el arca del pacto de Dios y a los querubines de gloria que proyectaban su sombra sobre el propiciatorio. El mismo lugar de su ubicación era profanado por los pies de los impíos. Los fieles que conocieron la gloria anterior estaban llenos de angustia ante la desolación de la santa casa que había distinguido a Israel como el pueblo escogido de Dios. Esos hombres habían sido testigos de las condenaciones de Dios debido a los pecados de su pueblo. Habían sido testigos del cumplimiento de esta palabra. También habían sido testigos de las promesas del favor divino si Israel se volvía a Dios y caminaba rectamente delante de él. Peregrinos ancianos y canosos acudían a Jerusalén para orar en medio de sus ruinas. Besaban sus piedras y las humedecían con sus lágrimas mientras oraban al Señor para que tuviera misericordia de Sión y la cubriera con la gloria de su justicia. Daniel sabía que casi había terminado el tiempo para el cautiverio de Israel; pero no creía que porque Dios había prometido liberarlos, ellos no tenían una parte que hacer. Con ayuno y contrición buscó al Señor confesando sus propios pecados y los pecados del pueblo (RH, 09-02-1897).

CS:464-465. Después que los israelitas se hubieron establecido en Canaán el tabernáculo fue reemplazado por el templo de Salomón, el cual, aunque edificio permanente y de mayores dimensiones, conservaba las mismas proporciones y el mismo amueblado. El santuario subsistió así -menos durante el plazo en que permaneció en ruinas en tiempo de Daniel- hasta su destrucción por los romanos, en el año 70 de nuestra era. Tal fue el único santuario que haya existido en la tierra y del cual la Biblia nos dé alguna información. San Pablo dijo de él que era el santuario del primer pacto. Pero ¿no tiene el nuevo pacto también el suyo?

ST, 12 de Febrero de 1880. **Jeremías declaró que ellos habrían de llevar el yugo de servidumbre por setenta años, y los cautivos que ya estaban en manos del rey de Babilonia, y los vasos de la casa del Señor que habían sido llevados, también habrían de permanecer en Babilonia hasta que el tiempo habría transcurrido.** Pero al fin de los setenta años Dios los libertaría de su cautiverio, y castigaría a sus opresores, y haría que fuera súbdito el orgulloso rey de Babilonia.

RH, 28 de Marzo de 1907. **El año en que Ciro sucedió a Darío el medo en el trono de Medo Persia, marcó el cumplimiento de setenta años desde que el primer grupo de hebreos había sido llevado cautivo a Babilonia por Nabucodonosor. Daniel, quien estaba familiarizado con las profecías de Jeremías e Isaías tocante a la duración del cautiverio, y con las profecías de Isaías respecto a la restauración por decreto de Ciro, aun vivía y ocupaba un puesto de gran responsabilidad en la corte de Medo Persia. Su fe en estas profecías lo llevó a suplicar a Dios a favor de su pueblo. Y ahora,**

cuando llegó el tiempo para que fuera reconstruido el templo en Jerusalén, Dios impresionó a Ciro como su agente para que entendiera las profecías concernientes a sí mismo, y para permitir al pueblo judío su libertad. Y además, Ciro les proporcionó las necesarias facilidades para la reconstrucción del templo del Señor.

Versículo 3. “Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza”.

PR:408. La oración de Daniel fue elevada "en el año primero de Darío" (Verso 1), el monarca medo cuyo general, Ciro, había arrebatado a Babilonia el cetro del gobierno universal. El reinado de Darío fue honrado por Dios. A él fue enviado el ángel Gabriel, "para animarlo y fortalecerlo." (Dan. 11:1). Cuando murió, más o menos unos dos años después de la caída de Babilonia, Ciro le sucedió en el trono, y el comienzo de su reinado señaló el fin de los setenta años iniciados cuando la primera compañía de hebreos fue llevada de Judea a Babilonia por Nabucodonosor.

SL:46-47. Al acercarse el tiempo del fin de los setenta años de cautiverio, la mente de Daniel se ejercitó en gran manera sobre las profecías de Jeremías. Él vio que el tiempo estaba cerca cuando Dios daría a su pueblo escogido otra prueba; y con ayuno, humillación, y oración, suplicó al Dios del cielo a intercediendo a favor de Israel, en estas palabras: [Dan. 9:4-6].

Daniel no antepone su propia fidelidad ante el Señor. En lugar de pretender pureza y santidad, este honrado profeta con humildad se identifica con los que realmente pecadores en Israel. La sabiduría que Dios le había impartido era tanto más superior a la sabiduría de los grandes hombres del mundo como la luz del sol brillando en el cielo a mediodía es más brillante que la estrella más débil. No obstante, considérese la oración de los labios de este hombre tan grandemente estimado por el Cielo. Con profunda humillación, con lágrimas y corazón desgarrado, él suplica por sí mismo y por su pueblo. Él abre su alma delante de Dios, confesando su propia indignidad y reconociendo la grandeza y majestad de Dios.

¡Qué sinceridad y fervor caracterizan sus súplicas! La mano de la fe se estrecha hacia arriba para apoderarse de las infalibles promesas del Altísimo. Su alma está luchando con agonía. Y él tiene la evidencia de que su oración es escuchada. Él sabe que la victoria es suya. Si nosotros como pueblo oráramos como Daniel oró, y lucháramos como él luchó, humillando nuestros corazones delante de Dios, pudiéramos tener respuestas tan marcadas respuestas a nuestras peticiones como las que fueron dadas a Daniel. Escuchad cómo él presenta su caso en la corte del cielo: [versos 18-19].

PR:406-407. Con una fe fundada en la segura palabra profética, Daniel rogó al Señor que estas promesas se cumpliesen prestamente. Rogó que el honor de Dios fuese preservado. En su petición se identificó plenamente con aquellos que no habían cumplido el propósito divino, y confesó los pecados de ellos como propios.

Declaró el profeta: "Y volví mi rostro al Señor Dios, buscándole en oración y ruego, en ayuno, y cilicio, y ceniza. Y oré a Jehová mi Dios, y confesé." (Dan. 9:3-4). Aunque Daniel había servido a Dios durante mucho tiempo y el Cielo lo había llamado "muy amado" (V.M.), se presenta ahora delante de Dios como pecador, e insiste en la gran necesidad del pueblo al cual ama. Su oración es elocuente en su sencillez, y de un fervor intenso. Oigámosle interceder: [Daniel 9:4-9, 16-19].

4CBA:1194. Se nos da el ejemplo de oración y confesión de Daniel para nuestra instrucción y nuestro ánimo. Israel había estado en cautiverio por casi setenta años. La tierra que Dios había elegido como su posesión había caído en poder de los paganos. La ciudad amada, receptáculo de la luz del cielo, una vez el gozo de toda la tierra, ahora era despreciada y envilecida. Estaba en ruinas el templo que había albergado el arca del pacto de Dios y a los querubines de gloria que proyectaban su sombra sobre el propiciatorio. El mismo lugar de su ubicación era profanado por los pies de los impíos. Los fieles que conocieron la gloria anterior estaban llenos de angustia ante la desolación de la santa casa que había distinguido a Israel como el pueblo escogido de Dios. Esos hombres habían sido testigos de las condenaciones de Dios debido a los pecados de su pueblo. Habían sido testigos del cumplimiento de esta palabra. También habían sido testigos de las promesas del favor divino si Israel se volvía a Dios y caminaba rectamente delante de él. Peregrinos ancianos y canosos acudían a Jerusalén para orar en medio de sus ruinas. Besaban sus piedras y las humedecían con sus lágrimas mientras oraban al Señor para que tuviera misericordia de Sión y la cubriera con la gloria de su justicia. Daniel sabía que casi había terminado el tiempo para el cautiverio de Israel; pero no creía que porque Dios había prometido liberarlos, ellos no tenían una parte que hacer. Con ayuno y contrición buscó al Señor confesando sus propios pecados y los pecados del pueblo (RH, 09-02-1897).

MJ:240. Los hábitos físicos correctos promueven la superioridad mental. La potencia intelectual, el vigor físico y la duración de la vida dependen de leyes inmutables. El Dios de la naturaleza no se interpondrá para preservar a los hombres de las consecuencias de la violación de los requerimientos de la naturaleza. El que lucha por el señorío debe ser temperante en todas las cosas. La claridad mental y la firmeza de propósito de Daniel, su poder para adquirir conocimientos y resistir la tentación, se debían en extenso grado a la sencillez de su régimen alimenticio, en relación con su vida de oración.

FE:358. Los estudiantes que exaltan la ciencia por encima del Dios de la ciencia, serán ignorantes cuando piensan que son muy sabios. Si no os alcanza tiempo para orar, si no podéis dedicar tiempo para la comunión con Dios, para el auto examen, y no apreciáis esa sabiduría que viene solamente de Dios, todo vuestro conocimiento será deficiente, y vuestras escuelas y colegios serán encontrados faltos. "El temor del Señor es el principio de la sabiduría." ¿Cuál fe es la que estamos apreciando? ¿Tenemos la fe que obra por amor y purifica el alma? ¿Tenemos fe según la luz que hemos recibido? Satanás estaría contento si pudiese incursionar en Battle Creek y desviar la obra de Dios

introduciendo invenciones humanas tocantes a recomendaciones y consejos. Le agradecería ver a los obreros absortos en una larga preparación, de modo que la educación llegara a ser un obstáculo en lugar de un avance.

RH, 21 de Marzo de 1907. **La oración de Daniel a favor de su pueblo, registrada en el capítulo nueve, fue “en el año primero de Darío” el medo. Darío fue favorecido por Dios; pues en el primer año de su reinado.** Fue este rey a quien, recién establecido el imperio medo persa, “... le pareció bien nombrar a 120 gobernadores que estuviesen en todo el reino.

Y sobre ellos tres presidentes, de los cuales Daniel era uno, a quienes esos gobernadores diesen cuenta para que el rey no recibiese daño. Pero Daniel se distinguió tanto entre esos gobernadores y presidentes por su espíritu superior, que el rey pensaba ponerlo sobre todo el reino”.

MS. B203, 14 de Septiembre de 1903. La oración registrada en el capítulo nueve de Daniel fue ofrecida por uno que había estado sirviendo a Dios por mucho tiempo, y quien había recibido la aprobación divina. No obstante, Daniel se presentó ante Dios como pecador intercediendo por la gran necesidad del pueblo que amaba. Su oración es elocuente en su sencillez, pues estaba intensamente suplicando. Léase esta oración, y luego pídase al Señor que reciba vuestras oraciones.

MS, 27 de Marzo de 1905. **¡Oh cuán solemne e importante es la obra que nos ha sido encomendada! ¡Cuán abarcante es esta obra en sus resultados! ¿Cómo habremos de obtener fortaleza y sabiduría necesaria para su cumplimiento exitoso? Así como Daniel buscó al Señor, nosotros también habremos de buscarle.** Daniel declara: “y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza.” Hemos de buscar al Señor en humildad y contrición, confesando nuestros pecados, y entrando en unidad cerrada el uno con el otro. Hermanos y hermanas, orad, orad por vosotros mismos y por los demás. Leed y estudiad el capítulo nueve de Daniel. “Oye, Señor;” oró el profeta; “oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor a ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo”.

Versículo 4-5. “Y oré a Jehová mi Dios e hice confesión diciendo: Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas”.

SL:46-48. Hemos pecado y cometido iniquidad..... El hombre de Dios estaba orando por la bendición del cielo sobre su pueblo y por un entendimiento más claro de la voluntad divina. La carga de su corazón era por Israel, que no estaba, en el sentido más estricto, guardando la ley de Dios. Él reconoce que todas las desdichas han venido sobre ellos en

consecuencia de sus transgresiones de la santa ley. Él dice: “hemos pecado, hemos hecho impiamente....porque a causa de nuestro pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos en derredor nuestro.” (versículos 15 y 16). Los judíos habían perdido su carácter peculiar y santo como pueblo escogido de Dios. “Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado”, (versículo 17). El corazón de Daniel se torna con deseo intenso al santuario desolado de Dios. Él sabe que su prosperidad puede ser restaurada sólo al arrepentirse Israel de sus transgresiones de la ley de Dios, y llegue a ser humilde, fiel y obediente.

5T:635-637. Las condiciones para obtener la misericordia divina son sencillas, justas y razonables. El Señor no nos pide que hagamos algo grave para poder recibir el perdón de nuestro pecado. No necesitamos realizar largos y cansados peregrinajes o hacer penosas penitencias para encomendar nuestras almas al Dios del cielo o para expiar nuestra transgresión; mas bien aquel que confiesa **y se aparta de su pecado** recibirá misericordia. Esta es una preciosa promesa, dada al hombre caído para animarlo a confiar en el Dios de amor y buscar vida eterna en su reino.

Leemos que Daniel, el profeta de Dios, era un hombre “muy amado” por el cielo. Sostenía un alto puesto en las cortes de Babilonia y servía y honraba a Dios tanto en prosperidad como en prueba, y sin embargo se humilló y confesó su pecado y el pecado de su pueblo. Con profundo dolor del alma reconoció: “hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro, como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras a donde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti.”

Daniel no procuró justificarse a sí mismo o a su pueblo delante de Dios; mas bien en humildad y contrición de alma él confesó la plena extensión y el demérito de sus transgresiones, y vindicó los tratos de Dios como justos hacia una nación que había rechazado sus requerimientos y no sacaría provecho de sus llamamientos.

Hoy hay gran necesidad de justamente tal arrepentimiento y confesión que sean sinceros y de todo corazón. Aquellos que no han humillado sus almas delante de Dios en reconocimiento de su culpa, aun no han cumplido con el primer requisito de la aceptación (el perdón). Si no hemos experimentado ese arrepentimiento del cual no tendremos que arrepentirnos, y no hemos confesado nuestro pecado con verdadera humillación de corazón y espíritu quebrantado, aborreciendo nuestra iniquidad, no hemos buscado con sinceridad por el perdón de nuestro pecado; y si nunca hemos procurado eso, nunca hemos encontrado la paz de Dios. La única razón por la cual no pudiéramos tener remisión de pecados del pasado es porque no estamos dispuestos a humillar nuestros orgullosos corazones y cumplir con las condiciones de la palabra de verdad. Hay instrucción explícita tocante a

este asunto. Confesión de pecado, ya sea pública o en privado, debe ser de todo corazón y expresada sin restricción alguna. **No debe ser forzada del pecador.** No ha de ser hecha de manera descuidada y rápida u obligada por aquellos que no tienen sentido del carácter aborrecible del pecado. La confesión que está mezclada con lágrimas y tristeza, que es el derramamiento de lo más profundo del corazón, encuentra cabida con el Dios de infinita piedad. Dice el salmista: "El Señor está cerca de los de corazón quebrantado; y salva a los de espíritu contrito".

CS:523-524. Las Santas Escrituras enseñan claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando el pecador encuentra en la conversión la paz con Dios por la sangre expiatoria, la vida cristiana no ha hecho más que empezar. Ahora debe llegar "al estado de hombre perfecto;" crecer "a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo." El apóstol San Pablo dice: "Una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús." (Fil. 3:13-14). Y San Pedro nos presenta los peldaños por los cuales se llega a la santificación de que habla la Biblia: "Poniendo de vuestra parte todo empeño, añadid a vuestra fe el poder; y al poder, la ciencia; y a la ciencia, la templanza; y a la templanza, la paciencia; y a la paciencia, la piedad; y a la piedad, fraternidad; y a la fraternidad, amor.... Porque si hacéis estas cosas, no tropezaréis nunca." (2 Pedro 1:5-10, V.M.)

Los que experimenten la santificación de que habla la Biblia, manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, contemplaron la terrible majestad de la santidad y se dan cuenta de su propia indignidad en contraste con la pureza y alta perfección del Dios infinito.

El profeta Daniel fue ejemplo de verdadera santificación. Llenó su larga vida del noble servicio que rindió a su Maestro. Era un hombre "muy amado" (Dan. 10:11, V.M.) en el cielo. Sin embargo, en lugar de prevalerse de su pureza y santidad, este profeta tan honrado de Dios se identificó con los mayores pecadores de Israel cuando intercedió cerca de Dios en favor de su pueblo: "¡No derramamos nuestros ruegos ante tu rostro a causa de nuestras justicias, sino a causa de tus grandes compasiones!" "Hemos pecado, hemos obrado impiamente." Él declara: "Yo estaba... hablando, y orando, y confesando mi pecado, y el pecado de mi pueblo." Y cuando más tarde el Hijo de Dios apareció para instruirle, Daniel dijo: "Mi lozanía se me demudó en palidez de muerte, y no retuve fuerza alguna". (Dan. 9:18, 15, 20; 10:8, V.M.)

MS, K 271, 29 de Julio de 1904. Es el hombre que se hubo humillado y a quien Dios ha honrado, quien entiende lo que significa la verdadera grandeza. A la vista de Dios la posición exaltada no tiene importancia alguna; es la justicia y la verdad lo que da honor al hombre. Dios busca hombres sensibles, que caminen delante de él en humildad, y quienes con contrición de espíritu confiesen sus pecados y reciban el perdón. De aquí en poco la ruina de las almas que ahora se está realizando debido al hombre rehusar confesar su pecado, será un asunto lejos de ser motivo de alarde.

ST, 26 de Febrero de 1885. **Nadie que pretende ser santo es realmente santo. Aquellos que están registrados como santos en los libros del cielo no están conscientes del hecho, y son los últimos en hacer alarde de su propia justicia. Ninguno de los profetas y apóstoles jamás pretendieron la santidad, ni siquiera Daniel, Pablo o Juan.** Los justos nunca hacen tal pretensión. **Entre más se asemejan a Cristo, tanto más lamentan su desemejanza a él;** pues sus conciencias son sensibles, y ellos consideran al pecado así como Dios lo considera. Ellos poseen un elevado concepto de Dios y el gran plan de salvación; y sus corazones, humillados bajo el sentido de su propia indignidad, están vivos tocante al honor de ser considerados como perteneciendo a la familia real, hijos e hijas del Eterno Rey.

Versículo 6. “No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra.”

PR:332. **Entre los que estaban llevando la nación aceleradamente hacia la ruina, se destacaba el rey Sedequías. Haciendo caso omiso de los consejos que el Señor daba por medio de los profetas, olvidaba el rey de Judá la deuda de gratitud que tenía para con Nabucodonosor y, violando su solemne juramento de fidelidad que había prestado en nombre de Jehová Dios de Israel, se rebeló contra los profetas, contra su benefactor y contra su Dios.** En la vanidad de su propia sabiduría, buscó ayuda cerca del antiguo enemigo de la prosperidad de Israel, "enviando sus embajadores a Egipto, para que le diese caballos y mucha gente".

Versículo 7. “Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro, como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti.”

5T:455. **Pero ellos no guardaron su pacto con Dios. Siguieron tras las prácticas idólatras de otras naciones, y en lugar de ser motivo de alabanza en la tierra el nombre de su Creador, su conducta lo hizo motivo de burla y rechazo de parte de los paganos. No obstante, el propósito de Dios debe cumplirse. El conocimiento de su voluntad debe diseminarse sobre toda la tierra. Dios trajo la mano del opresor sobre su pueblo y los esparció como cautivos entre las naciones. En su aflicción muchos se arrepintieron de sus transgresiones y buscaron al Señor. Diseminados entre los países de los paganos, dieron a conocer el conocimiento del verdadero Dios.** Los principios de la ley divina entraron en conflicto con las costumbres y prácticas de las naciones. Idólatras se esforzaron en aplastar la verdadera fe. El Señor en su providencia trajo a sus siervos, Daniel, Nehemías, Esdras, cara a cara con reyes y mandatarios, para que estos idólatras pudiesen tener una oportunidad de recibir la luz. Es así como la obra que Dios había encomendado que su pueblo hiciera en prosperidad, en los contornos de su propio país, pero

que había sido rechazada mediante su infidelidad, fue hecha por ellos en cautiverio, bajo gran prueba y vergüenza.

YI, 5 de Octubre de 1899. **El pueblo de Dios fracasó en llevar a cabo el propósito de Dios, pero hubo entre ellos los que eran fieles y leales. En la providencia de Dios, los judíos fueron esparcidos por el cautiverio en todos los países; y durante estos años de esclavitud, la fe en Dios fue mantenida viva por fieles testigos.** Hubo aquellos que no violarían el sábado del Señor, quienes no observarían las fiestas paganas. **Estos fueron perseguidos, y muchos perdieron sus vidas,** siendo así como el pueblo de Dios siempre ha padecido desde la muerte de Abel. Desde el tiempo de su expulsión del cielo, Satanás ha estado trabajando sobre estas líneas.

RH, 13 de Noviembre de 1900. **Cristo vio la retribución que habría de venir sobre los judíos como resultado de su curso de acción, ---su rebelión contra Dios, y su odio al poder romano, que estaban obligados a obedecer. Si los judíos hubieran sido fieles a Dios, los ejércitos del cielo los hubieran guardado de sus adversarios. Ellos trajeron la ruina sobre sí. Cristo los vio uniendo sus ejércitos para la defensa de Jerusalén. Pero Dios no era su ayudador. La invisible hueste del cielo no estaba peleando a su favor. Cristo vio el hermoso templo, en el cual los judíos habían tomado tanto orgullo, consumido por el fuego hasta que fue sólo un montón de humeantes cenizas. Él vio la nación esparcida. Vio a sus ricos desposeídos de la riqueza lograda mediante el fraude y la desobediencia. Vio al pueblo diseminado entre países extranjeros, los reconocidos ciudadanos de nadie, un pueblo sin un seguro lugar de habitación. Escuchó el llanto de angustia que se levantó al ser sus hijos y generaciones posteriores perseguidos de lugar en lugar, siempre rehusándoseles protección o descanso. Esto trajo tal tristeza a su corazón que exclamó: “ahora está angustiada mi alma.” Con labios temblorosos hizo la oración: “Padre, sálvame de esta hora: pero por esta causa vine”, y, “Padre, glorifica tu nombre”.**

Versículo 8-9. “Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos. De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado,”

21ML:70-71. Busquemos al Señor. Él será vuestro Ayudador al encomendar los enfermos en el sanatorio a su cuidado. Podéis estar seguros que él cooperará con aquellos que están conectados con el sanatorio. Nunca olvidéis que sois hijos de Dios. **Déjese la preocupación sobre lo que no podéis hacer. Si cometéis errores, id al compasivo Salvador y pedidle perdón. Decidle que deseáis seguir su voluntad. Sed corteses con Dios. Recordad que él se preocupa por vosotros y que él será ayuda presente en cada hora de necesidad. Sus “tiernas misericordias están sobre todas sus obras”.**

MG:138. La característica más impresionante de este pacto de paz es la exuberante

riqueza de la misericordia perdonadora manifestada al pecador si se arrepiente y se aparta de su pecado, El Espíritu Santo describe al Evangelio como salvación por medio de las tiernas misericordias de Nuestro Dios. "Porque seré propicio a sus injusticias", declara el Señor a los que se arrepienten, "y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades" (Heb. 8:12) ¿Se apartara Dios de la justicia al manifestar misericordia hacia el pecador? No; Dios no puede deshonorar su ley permitiendo que sea transgredida impune mente. Bajo el nuevo pacto, la perfecta obediencia es la condición para recibir vida si el pecador se arrepiente y confiesa sus pecados, encontrará perdón. Mediante el sacrificio de Cristo en su favor, se le asegura el perdón. Cristo ha satisfecho las demandas de la ley para todo pecador arrepentido y creyente. M28, 1905.

3ML:314-315. El Señor pone freno sobre sus propios atributos. Omnipotencia es ejercida sobre la Omnipotencia Misma. **No obstante la perversidad de los hombres que habitan sobre la tierra, el Señor Jehová los sobrelleva porque existen algunos en las ciudades impías que se encuentran dentro de la posibilidad del perdón y la aceptación de Dios. Es algo que agobia y entristece mi alma, y a veces la hace agonizar, que aquellos que han tenido gran luz y conocimiento abusen de la misericordia de Dios. Su longanimidad y sufragio es algo en que muy poco se medita...**

Versículos 10-11. “y no obedecemos a la voz de Jehová nuestro Dios, para andar en sus leyes que él puso delante de nosotros por medio de sus siervos los profetas. Todo Israel traspasó tu ley apartándose para no obedecer en la ley de Moisés, siervo de Dios; porque contra él pecamos”.

GCB, 5 de Marzo, 1895. Los judíos se habían extraviado tan lejos de las antiguas enseñanzas de Jehová como para sentirse que de por sí serían justos delante de Dios, y recibirían el cumplimiento de sus promesas, si guardaban estrictamente la letra de la ley que les fue dada por Moisés. El celo con que seguían las enseñanzas de los ancianos les daba un aire de gran piedad. **No contentos con realizar esos servicios que Dios les había especificado mediante Moisés, continuamente estaban procurando deberes rígidos y difíciles. Medían su santidad por el número y la multitud de sus ceremonias, mientras sus corazones estaban llenos de hipocresía, orgullo, y avaricia. Mientras profesaban ser la única nación justa sobre la tierra, la maldición de Dios estaba sobre ellos debido a su iniquidad.**

RH, 30 de Enero de 1908. Estas leyes encerradas en libros no eran una nueva revelación, sino una repetición de las leyes ceremoniales dadas en el Sinaí. Antes que Moisés dejase a los hijos de Israel, al mandato de Dios, para morir en la tierra de Moab, las leyes que en antaño habían sido dadas fueron repetidas y explicadas con ampliación. Algunos métodos para su ejecución fueron dados; algunos preceptos fueron explicados, y las razones por las cuales habían sido dados fueron hechas claras. **En varias ocasiones los juicios de Dios**

habían caído sobre los transgresores; los mandamientos que habían sido transgredidos en ese entonces, fueron repetidos. Los transgresores habrían de saber que la desobediencia seguramente traería el castigo de Dios.

Versículo 12. “Y él ha cumplido la palabra que habló contra nosotros y contra nuestros jefes que nos gobernaron, trayendo sobre nosotros tan grande mal; pues nunca fue hecho debajo del cielo nada semejante a lo que se ha hecho contra Jerusalén”.

RH, 18 de Abril de 1893. Él dice: “Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad;

para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar. De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta.” Las oportunidades del pasado, los privilegios, y las bendiciones, se levantan delante del él. Él podía ver a Jerusalén como pudo haber sido, -santidad al Señor. **Por edades Judá había sido la depositaria de la verdad sagrada. Aquí el conocimiento de Jehová había sido apreciado y preservado, cuando Dios no había sido reconocido entre las naciones, y su adoración se había perdido en la tierra. Las calles de Jerusalén habían sido caminadas por los pies de ángeles, y su misma tierra había sido sagrada para con Dios.**

De su templo, la oración y la alabanza ascendían hacia Dios. De su altar, el sangrante sacrificio había testificado de la culpabilidad humana, apuntando hacia el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. El Señor le había enviado mensajes de advertencia y reprensión, de consolación y promesa, mediante sus profetas, pero ellos habían golpeado a unos y apedreado a otros y no podía ser que un profeta muriera fuera de Jerusalén. Finalmente Dios había enviado a su Hijo, y de la rama más alta hasta la más baja había buscado fruto, y no había encontrado. Por amor a ellos él había revestido su divinidad con humanidad, haciéndose de ninguna reputación, rehusando pelear con sus acusadores y enconados enemigos, y no obstante llevando a un pueblo rebelde sobre su corazón. Había hecho todo lo que se pudo, pero se apartaron de él, demandando aun más evidencia. Su vida era un milagro continuo, pero ellos no lo supieron, y demandaron que les mostrase un milagro. Pero frente al completo rechazo de su amor, la incredulidad sobre su misión y divinidad, cuando él sabía que los hombres representantes de la nación estaban tramando su destrucción, lloró sobre la ciudad que amaba. Su ojo profético leía la historia del pasado, y el ay y la culpabilidad del futuro, y su corazón estaba quebrantándose de agonía porque el pueblo de Dios no conoció el tiempo de su visitación. El infierno fue movido por un poder de abajo, para que los habitantes de Jerusalén pudieran llevar a cabo la voluntad del príncipe de las tinieblas. Movidos por la enemistad se entregarían al

control del maligno enemigo, y harían del Príncipe de la vida la víctima. Nubes de ira se estaban juntando sobre la condenada ciudad; pues pidieron que cayera sobre ellos juicio, diciendo: “su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos.” Esa sangre por virtud de la cual el pecador arrepentido pudiera ser perdonado—esa sangre mediante la cual un mundo culpable pudiera ser salvo, por la cual la nación judía pudiera ser salvada y purificada, la cual fue pagada como rescate por los pecados de este mundo, fue para ellos la culpa final en la copa de su iniquidad. Jesús sabía que su pueblo escogido habría de ponerle a él, el Príncipe de la vida y la gloria, a una muerte ignominiosa. Él sabía cuál habría de ser su condena. Con mirada profética vio las legiones romanas, escuchó el sonido de los ejércitos en marcha, vio la ciudad rodeada y en llamas, y el templo una humeante ruina. Los misterios del pueblo a quien anhelaba salvar, se presentaron delante de él. Él contempla su culpa y agonía, pero ellos son tan tercos como lo fue Satanás en su rebelión contra Dios.

Versículo 13. “Conforme está escrito en la ley de Moisés, todo este mal vino sobre nosotros; y no hemos implorado el favor de Jehová nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades y entender tu verdad”.

YI, 14 de Mayo de 1903. **El profeta Nehemías presenta las malas obras de la nación judía como causa de sus calamidades.** Después de hacer un recuento del trato del Señor con ellos, y la constante repetición de su rebelión, él declara: “Fueron desobedientes, y se rebelaron contra ti, y echaron a sus espaldas tu ley, y mataron a tus profetas que testificaron contra ellos para hacerlos volver a ti, y ellos hicieron grandes provocaciones. Por tanto los entregaste en mano de sus enemigos”.

9ML:365-366. De Cristo es dicho que fue tentado en todos los puntos como nosotros, y no obstante fue sin pecado. Su naturaleza humana no cedió a las sugerencias de Satanás en un solo punto. Y, si el Señor Jesús ha vencido las tentaciones de Satanás, **cada hijo e hija de Adán puede vencer.** Pero hay sólo una forma en que cualquier de nosotros puede hacer esto. Es obedeciendo su voz. **Lean cuidadosamente todos la oración de Daniel: “Como está escrito en la ley de Moisés, todo este mal ha venido sobre nosotros: sin embargo no elevamos nuestra oración delante del Señor nuestro Dios para que pudiésemos apartarnos de nuestras iniquidades, y entender tu verdad” (Daniel 9:1). Esta ha sido nuestra deficiencia. La Palabra no ha sido una lámpara a nuestros pies y lumbrera en nuestro camino. Pero esto así debe ser, pues el Señor, él es Dios.** Carta 3, 1897, páginas 9-11. (*To the Brethren and Sisters in Adelaide*, 6 de Mayo de 1897).

Versículos 14-15. "Por tanto, Señor, tú no vacilaste en traer el desastre sobre nosotros; porque eres justo, oh Eterno nuestro Dios, en todo lo que hiciste, porque no obedecimos a tu voz. Ahora, Señor Dios nuestro, que sacaste a tu pueblo de Egipto con mano poderosa, y te hiciste renombre como el que tienes ahora. Hemos pecado, hemos obrado impíamente”.

KC:12. Este fue su propósito en la liberación de Israel de Egipto. En la zarza ardiente, Moisés recibió de Dios el mensaje para el rey de Egipto, “dejes ir a mi pueblo, a fin de que me sirva en el desierto,” Éxo. 7:16. Con mano poderosa y brazo estrechado, Dios libró la hueste hebrea de tierra de esclavitud. Maravilloso fue el rescate que obró por ellos, castigando a sus enemigos que rehusaron escuchar su palabra, con completa destrucción. Dios deseaba apartar a su pueblo lejos de la influencia mundanal y prepararlos para recibir su palabra. De Egipto los trajo hasta el monte Sinaí donde les reveló su gloria. Aquí nada había que atrajese sus sentidos o distrajera sus mentes de Dios. Al mirar la vasta multitud las grandes montañas que estaban encima, podían reconocer su insignificancia delante de Dios. Al lado de estas rocas, movibles sólo mediante el poder de la voluntad divina, Dios se comunicaba con los hombres. Y para que su palabra resonara con claridad y distinción en sus mentes, proclamó entre truenos y relámpagos y con terrible majestad, la ley que es el trasunto de su carácter. Y las palabras fueron escritas en tablas de piedra mediante el mismo dedo de Dios. Fue así como la voluntad del Dios infinito se reveló al pueblo llamado para hacer saber a cada nación, pueblo y lengua los principios de su gobierno en el cielo y en la tierra.

ST, 6 de Mayo de 1886. Cuando el Señor estaba para librar a su pueblo de la esclavitud egipcia, escogió a Moisés como su líder. Él era letrado en todo el conocimiento de los egipcios, y era un adiestrado y valiente guerrero. También fue preparado para sus deberes mediante largos años de tranquila meditación y comunión con Dios en el desierto de Horeb. **A través de Moisés el Señor realizó muchas señales y maravillas en la tierra de Egipto. Sacó a su pueblo de la casa de cautiverio “mediante mano poderosa y brazo estrechado, y mediante grandes hazañas”, aun partiendo las aguas del Mar Rojo para abrirle camino.**

Versículos 16-18. “Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte; porque a causa de nuestros pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos en derredor nuestro. Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor. Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias”.

RH, 9 de Febrero de 1897. **Había sido ofrecida una oración, común, y de auto justificación, pero no una oración que sale de un corazón quebrantado y un espíritu contrito. En cambio, Daniel no eleva su plegaria basándose en su propia justicia; sino que dice: “Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. La**

intensidad de su deseo le da sinceridad y fervor. Él continúa: “Oye, Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo”.

4SP:301. La santificación espuria lleva consigo un espíritu jactancioso y de auto justificación que es extraño a la religión de la Biblia. La mansedumbre y la humildad son los frutos del Espíritu. **El profeta Daniel fue un ejemplo de la verdadera santificación. Su larga vida estuvo llena de noble servicio para su Maestro. Era un hombre “muy amado” del cielo, y le fueron concedidos tales honores como los que raramente han sido dados a los mortales. No obstante, la pureza de su carácter y su firme fidelidad estaban a la par de su humildad y contrición. En lugar de pretender ser puro y santo, este honrado profeta se identificó con los que realmente eran pecadores en Israel, suplicando ante Dios a favor de su pueblo: “porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias.” “Hemos pecado, hemos hecho impiamente”. Y “porque a causa de nuestros pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos en derredor nuestro”.**

Versículo 19. “Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo”.

4T:534-535. **Daniel oró a Dios, sin exaltarse a sí mismo ni pretender justicia alguna: “Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío;” Esta es lo que Santiago llama la oración efectiva y ferviente.** De Cristo es dicho: “Y estando en agonía él oraba con más fervor.” En qué contraste a la intercesión hecha por la Majestad del cielo, están las débiles y descorazonadas oraciones que se ofrecen a Dios. Muchos están contentos con un servicio de labios, y son sólo pocos los que sienten un sincero y afectuoso añorar por Dios.

La comunión con Dios imparte al alma un innato conocimiento de su voluntad. Pero muchos que profesan la fe no conocen lo que significa la verdadera conversión. No tienen experiencia en aquello que concierne la comunión con el Padre mediante Cristo Jesús, y nunca han sentido el poder de la gracia divina santificando el corazón. **Orando y pecando, pecando y orando, sus vidas están llenas de malicia, engaño, envidia, celos, y amor propio.** Las oraciones de esta clase son una abominación a Dios. La oración sincera involucra las energías del alma y afecta la vida. Aquel que así derrama su súplica delante de Dios, siente la insignificancia de todo lo demás que hay debajo del cielo. “Todo mi deseo está delante de ti,” dice David, “y mi gemir no está escondido de ti.” “Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente: ¿cuándo vendré y compareceré delante de Dios?” “Cuando me acuerdo de esto, derramo mi alma”.

MSD:45, 15 de Noviembre de 1897. En la plegaria de Daniel, aquel que no se llenó de exaltación y orgullo, aunque se le aseguró que era muy amado de Dios, cada palabra revela

la sed que alma tiene de Dios. Daniel añora la sabiduría divina. **La oración de Daniel es con urgencia, no permitirá la negación o la demora.** “Señor, oye,” dijo él, “O Señor, perdona, O Señor, escucha y haz, no tardes por amor de ti mismo, oh mi Dios”.

Versículo 20. “Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios”;

SL:48-49. Al estar orando Daniel, el ángel Gabriel viene bajando de las cortes celestiales para decirle que sus peticiones han sido escuchadas y contestadas. Este poderoso ángel ha sido comisionado para darle inteligencia y entendimiento---para abrirle los misterios de las futuras edades. Así, mientras con sinceridad procura conocer y entender la verdad, Daniel es llevado a la comunión con el mensajero enviado del Cielo.

En respuesta a su petición, Daniel no sólo recibió luz y verdad que tanto necesitaban él y su pueblo, sino un vistazo de los grandes acontecimientos del futuro, aun hasta el advenimiento del Redentor del mundo. Aquellos que pretenden estar santificados, mientras que no tienen deseo de escudriñar las Escrituras o **de luchar con Dios en oración** para un claro entendimiento de la verdad bíblica, no conocen lo que significa la verdadera santificación.

PR:408. El Cielo se inclina para oír la ferviente súplica del profeta. Aun antes que haya terminado su ruego por perdón y restauración, se le aparece de nuevo el poderoso Gabriel y le llama la atención a la visión que había visto antes de la caída de Babilonia y la muerte de Belsasar. Y luego le esboza en detalle el período de las setenta semanas, que había de empezar cuando fuese dada "la palabra para restaurar y edificar a Jerusalén." (Verso 25).

MS:138-139. 27 de Septiembre de 1899. Marcad la tristeza y humillación de Daniel al buscar el tiempo cuando los setenta años de la desolación de Jerusalén se cumplirían. Él declara: (Dan. 9:2-19).

El espíritu de intercesión estaba sobre Daniel, y se aferró al trono del poder infinito, orando fervientemente por la restauración de Jerusalén. Todo el cielo estaba interesado en su súplica y antes que terminara su oración, le fue enviado un mensajero de las cortes celestiales. Él dice: (Dan. 9:21-22;23, 25).

Daniel suplicó por la restauración del honor de Dios. Su oración fue escuchada, y nuevamente el Señor tuvo misericordia de su rebelde pueblo.

4ST, 24 de Marzo de 1890. Pecado es transgresión de la ley, y ningún hombre puede ser salvo si persiste en el pecado. El pecador debe arrepentirse delante de Dios y ser obediente a su ley mediante la fe en Cristo. Fe es la mano que se agarra del Omnipotente. Cuando

hacemos esas cosas que son justas y rectas, mediante la gracia de Cristo, estamos guardando los mandamientos de Dios; y por los tales Dios ha dado su palabra que promete hacer grandes cosas. Como Daniel, podéis confesar vuestro pecado y presentar súplicas diariamente delante de Dios; pero por más pobres, indignos y errantes que os sintáis, es vuestro privilegio reclamar las promesas de Dios. Podéis obtener la gracia y ayuda que sólo Cristo es capaz de daros. Dios no puede olvidar uno de sus hijos que está procurando ser obediente a sus santos requerimientos así como no puede olvidarse de sí mismo. Las Escrituras declaran que Cristo nos tiene grabados en las palmas de sus manos, que nos tiene en sempiterno recuerdo.

Versículo 21. “aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, vino a mi como a la hora del sacrificio de la tarde”.

DTG:201. Fue Gabriel, el ángel que sigue en jerarquía al Hijo de Dios, quien trajo el mensaje divino a Daniel. Fue a Gabriel, "su ángel," a quien envió Cristo para revelar el futuro al amado Juan; y se pronuncia una bendición sobre aquellos que leen y oyen las palabras de la profecía y guardan las cosas en ella escritas.

"No hará nada el Señor Jehová, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas." Aunque ‘las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios, . . . las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos por siempre.’ Dios nos ha dado estas cosas, y su bendición acompañará al estudio reverente, con oración, de las escrituras proféticas.

YI, 22 de Febrero de 1900. Si Cristo hubiera venido en su gloria original, la humanidad no hubiera podido soportar la escena. Cuando el ángel Gabriel vino a Daniel para darle inteligencia y entendimiento, Daniel no pudo contemplarlo. El ángel tuvo que revelársele como hombre antes de poder hablar con el profeta. Así vemos la sabiduría de Dios en planificar que Cristo viniera como hombre.

Versículos 22-23. “Y me hizo entender, habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión”.

CS:371-372. En el capítulo octavo se menciona que Daniel no pudo encontrar guía para el punto de partida de los 2300 días. Aunque se le mandó que hiciera comprender la visión a Daniel, el ángel Gabriel sólo le dio a éste una explicación parcial. Cuando el profeta vio las terribles persecuciones que sobrevendrían a la iglesia, desfallecieron sus fuerzas físicas. No pudo soportar más, y el ángel le dejó por algún tiempo. Daniel quedó "sin fuerzas," y estuvo "enfermo algunos días". ‘Estaba asombrado de la visión’ -dice- ‘mas no hubo quien la explicase’.

Y sin embargo Dios había mandado a su mensajero: "Haz que éste entienda la visión." Esa orden debía ser ejecutada. En obediencia a ella, el ángel, poco tiempo después, volvió hacia Daniel, diciendo: "Ahora he salido para hacerte sabio de entendimiento;"

"entiende pues la palabra, y alcanza inteligencia de la visión". (Dan. 8:27, 16; 9:22-23, V.M.) Había un punto importante en la visión del capítulo octavo que no había sido explicado, y era el que se refería al tiempo: el período de los 2300 días; por consiguiente, el ángel, reanudando su explicación, se espacia en la cuestión del tiempo:

FE:87. Si los estudiantes que atienden nuestros colegios estuvieran firmes, y mantuvieran la integridad, si no se asociaran con los que caminan en senderos del pecado, ni fueran encantados por su amistad, como Daniel gozarían del favor de Dios. Si descartaran las distracciones sin provecho y la complacencia del apetito, sus mentes estuvieran claras para la prosecución del conocimiento. Así obtendrían poder moral que los capacitaría para permanecer incólumes al ser asaltados por la tentación. Es una continua lucha el estar siempre en alerta para resistir el mal; pero vale la pena obtener una victoria tras otra sobre el yo y los poderes de las tinieblas. Y si los jóvenes son probados, como lo fue Daniel, qué honor podrían reflejar para Dios mediante su firme apego a lo recto.

Un carácter sin mancha es tan precioso como el oro de Ophir. Sin virtud pura y sin mancha, nadie puede elevarse a una honorable eminencia. Pero nobles aspiraciones y el amor a la justicia no son heredados. El carácter no puede ser comprado; debe ser formado por firmes esfuerzos para poder resistir la tentación. La formación de un carácter justo es obra de toda la vida, y es el resultado de meditación seria unida a un gran propósito. La excelencia de carácter que obtengáis debe ser el resultado de vuestro propio esfuerzo. Los amigos pueden animaros, pero no pueden hacer la obra por vosotros. Deseando, gimiendo, soñando, nunca os harán grandes ni buenos. Debéis escalar. Ceñid los lomos de vuestro entendimiento, e ir a trabajar con todas las fuerzas de vuestra voluntad. Es el sabio aprovechamiento de vuestras oportunidades, el cultivo de los talentos que Dios os ha dado, lo que os hará hombres y mujeres que pueden ser aprobados por Dios y una bendición para la sociedad. Sea alta vuestra norma, y con energía indómita haced lo mejor de vuestros talentos y oportunidades, y esforzaos hacia la meta.

B 5B 91. Pensad en Daniel en las cortes de Babilonia, rodeado de influencias que, si hubiera cedido a la tentación, lo hubieran arruinado. Daniel fue un destacado santo. Los engañadores estaban a todos lados; cuán ansiosamente observaron, esperando encontrar alguna infidelidad en el noble estadista; pero no detectan mancha en su limpio registro. ¿Qué nombre da Dios a este hombre de altos principios e inmaculado honor? "Oh hombre muy amado." ¿Por quién? ---Por el satisfecho universo no caído; "Tu oración ha sido escuchada".

Versículo 24. "Setenta semanas están cortadas para tu pueblo y tu santa ciudad, para acabar la prevaricación, poner fin al pecado, expiar la iniquidad, traer la justicia de los siglos, sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos".

CS:372-373. "Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad.... Sepas pues y entiendas, que desde la salida de la palabra para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; tornaráse a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, y no por sí.... Y en otra semana confirmará el pacto a muchos, y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda." (Dan. 9:24-27).

El ángel había sido enviado a Daniel con el objeto expreso de que le explicara el punto que no había logrado comprender en la visión del capítulo octavo, el dato relativo al tiempo: "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el Santuario." Después de mandar a Daniel que "entienda" "la palabra" y que alcance inteligencia de "la visión," las primeras palabras del ángel son: "Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad."

La palabra traducida aquí por "determinadas," significa literalmente "descontadas." El ángel declara que setenta semanas, que representaban 490 años, debían ser descontadas por pertenecer especialmente a los judíos. ¿Pero de dónde fueron descontadas? Como los 2.300 días son el único período de tiempo mencionado en el capítulo octavo, deben constituir el período del que fueron descontadas las setenta semanas; las setenta semanas deben por consiguiente formar parte de los 2.300 días, y ambos períodos deben comenzar juntos. El ángel declaró que las setenta semanas datan del momento en que salió el edicto para reedificar a Jerusalén. Si se puede encontrar la fecha de aquel edicto, queda fijado el punto de partida del gran período de los 2300 días.

Ese decreto se encuentra en el capítulo séptimo de Esdras. (Versos 12-26). Fue expedido en su forma más completa por Artajerjes, rey de Persia, en el año 457 a.C. Pero en Esdras 6:14 se dice que la casa del Señor fue edificada en Jerusalén "por mandamiento de Ciro, y de Darío y de Artajerjes rey de Persia." Estos tres reyes, al expedir el decreto y al confirmarlo y completarlo, lo pusieron en la condición requerida por la profecía para que marcara el principio de los 2300 años. Tomando el año 457 a.C. en que el decreto fue completado, como fecha de la orden, se comprobó que cada especificación de la profecía referente a las setenta semanas se había cumplido.

CS:399-402. Lo que experimentaron los discípulos que predicaron el "evangelio del reino" cuando vino Cristo por primera vez tuvo su contraparte en lo que experimentaron los que proclamaron el mensaje de su segundo advenimiento. Así como los discípulos fueron predicando: "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios," así también Miller y sus asociados proclamaron que estaba a punto de terminar el período profético más largo y último de que habla la Biblia, que el juicio era inminente y que el reino eterno iba a ser establecido. La predicación de los discípulos en cuanto al tiempo se basaba en las setenta semanas del capítulo noveno de Daniel. El mensaje proclamado por Miller y sus colaboradores anunciaba la conclusión de los 2300 días de Dan. 8:14, de los cuales las setenta semanas forman parte. En cada caso la predicación se fundaba en el

cumplimiento de una parte diferente del mismo gran período profético.

Como los primeros discípulos, Guillermo Miller y sus colaboradores no comprendieron ellos mismos enteramente el alcance del mensaje que proclamaban. Los errores que existían desde hacía largo tiempo en la iglesia les impidieron interpretar correctamente un punto importante de la profecía. Por eso si bien proclamaron el mensaje que Dios les había confiado para que lo diesen al mundo, sufrieron un desengaño debido a un falso concepto de su significado.

Al explicar Dan. 8:14 "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario," Miller, como ya lo hemos dicho, aceptó la creencia general de que la tierra era el santuario, y creyó que la purificación del santuario representaba la purificación de la tierra por el fuego a la venida del Señor. Por consiguiente, cuando echó de ver que el fin de los 2300 días estaba predicho con precisión, sacó la conclusión de que esto revelaba el tiempo del segundo advenimiento. Su error provenía de que había aceptado la creencia popular relativa a lo que constituye el santuario.

En el sistema típico -que era sombra del sacrificio y del sacerdocio de Cristo- la purificación del santuario era el último servicio efectuado por el sumo sacerdote en el ciclo anual de su ministerio. Era el acto final de la obra de expiación- una remoción o apartamiento del pecado de Israel. Prefiguraba la obra final en el ministerio de nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, en el acto de borrar los pecados de su pueblo, que están consignados en los libros celestiales. Este servicio envuelve una obra de investigación, una obra de juicio, y precede inmediatamente la venida de Cristo en las nubes del cielo con gran poder y gloria, pues cuando él venga, la causa de cada uno habrá sido fallada. Jesús dice: "Mi galardón está conmigo, para dar la recompensa a cada uno según sea su obra." (Apoc. 22:12, V.M.) Esta obra de juicio, que precede inmediatamente al segundo advenimiento, es la que se anuncia en el primer mensaje angelical de Apocalipsis 14:7: "¡Temed a Dios y dadle honra; porque ha llegado la hora de su juicio!" (V.M.)

Los que proclamaron esta amonestación dieron el debido mensaje a su debido tiempo. Pero así como los primitivos discípulos declararon: "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios," fundándose en la profecía de Daniel 9, sin darse cuenta de que la muerte del Mesías estaba anunciada en el mismo pasaje bíblico, así también Miller y sus colaboradores predicaron el mensaje fundado en Dan. 8:14 y Apoc. 14:7 sin echar de ver que el capítulo 14 del Apocalipsis encerraba aún otros mensajes que debían ser también proclamados antes del advenimiento del Señor. Como los discípulos se equivocaron en cuanto al reino que debía establecerse al fin de las setenta semanas, así también los adventistas se equivocaron en cuanto al acontecimiento que debía producirse al fin de los 2300 días. En ambos casos la circunstancia de haber aceptado errores populares, o mejor dicho la adhesión a ellos, fue lo que cerró el espíritu a la verdad. Ambas escuelas cumplieron la voluntad de Dios, proclamando el mensaje que él deseaba fuese proclamado, y ambas, debido a su mala comprensión del mensaje, sufrieron desengaños.

Sin embargo, Dios cumplió su propósito misericordioso permitiendo que el juicio fuese

proclamado precisamente como lo fue. El gran día estaba inminente, y en la providencia de Dios el pueblo fue probado tocante a un tiempo fijo a fin de que se les revelase lo que había en sus corazones. El mensaje tenía por objeto probar y purificar la iglesia. Los hombres debían ser inducidos a ver si sus afectos pendían de las cosas de este mundo o de Cristo y del cielo. Ellos profesaban amar al Salvador; debían pues probar su amor. ¿Estarían dispuestos a renunciar a sus esperanzas y ambiciones mundanas, para saludar con gozo el advenimiento de su Señor? El mensaje tenía por objeto hacerles ver su verdadero estado espiritual; fue enviado misericordiosamente para despertarlos a fin de que buscasen al Señor con arrepentimiento y humillación.

Además, si bien el desengaño era resultado de una comprensión errónea del mensaje que anunciaban, Dios iba a predominar para bien sobre las circunstancias. Los corazones de los que habían profesado recibir la amonestación iban a ser probados. En presencia de su desengaño, ¿se apresurarían ellos a renunciar a su experiencia y a abandonar su confianza en la Palabra de Dios o con oración y humildad procurarían discernir en qué puntos no habían comprendido el significado de la profecía? ¿Cuántos habían obrado por temor o por impulso y arrebató? ¿Cuántos eran de corazón indeciso e incrédulo? Muchos profesaban anhelar el advenimiento del Señor. Al ser llamados a sufrir las burlas y el oprobio del mundo, y la prueba de la dilación y del desengaño, ¿renunciarían a su fe? Porque no pudieran comprender luego los caminos de Dios para con ellos, ¿rechazarían verdades confirmadas por el testimonio más claro de su Palabra?

CS:375-376. Las setenta semanas, o 490 años concedidos a los judíos, terminaron, como lo vimos, en el año 34 d.C. En dicha fecha, por auto del Sanedrín judaico, la nación selló su rechazamiento del Evangelio con el martirio de Esteban y la persecución de los discípulos de Cristo. Entonces el mensaje de salvación, no estando más reservado exclusivamente para el pueblo elegido, fue dado al mundo. Los discípulos, obligados por la persecución a huir de Jerusalén, "andaban por todas partes, predicando la Palabra." "Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les proclamó el Cristo." Pedro, guiado por Dios, dio a conocer el Evangelio al centurión de Cesarea, el piadoso Cornelio; el ardiente Pablo, ganado a la fe de Cristo fue comisionado para llevar las alegres nuevas "lejos . . . a los gentiles." (Hechos 8:4-5; 22:21, V.M.)

Hasta aquí cada uno de los detalles de las profecías se ha cumplido de una manera sorprendente, y el principio de las setenta semanas queda establecido irrefutablemente en el año 457 a.C. y su fin en el año 34 d.C. Partiendo de esta fecha no es difícil encontrar el término de los 2300 días. Las setenta semanas -490 días- descontadas de los 2300 días, quedaban 1810 días. Concluidos los 490 días, quedaban aún por cumplirse los 1810 días. Contando desde 34 d.C., los 1810 años alcanzan al año 1844. Por consiguiente los 2300 días de Dan. 8:14 terminaron en 1844. Al fin de este gran período profético, según el testimonio del ángel de Dios, "el santuario" debía ser "purificado." De este modo la fecha de la purificación del santuario -la cual se creía casi universalmente que se verificaría en

el segundo advenimiento de Cristo- quedó definitivamente establecida.

CS:399-402. Lo que experimentaron los discípulos que predicaron el "evangelio del reino" cuando vino Cristo por primera vez tuvo su contraparte en lo que experimentaron los que proclamaron el mensaje de su segundo advenimiento. Así como los discípulos fueron predicando: "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios," así también Miller y sus asociados proclamaron que estaba a punto de terminar el período profético más largo y último de que habla la Biblia, que el juicio era inminente y que el reino eterno iba a ser establecido. La predicación de los discípulos en cuanto al tiempo se basaba en las setenta semanas del capítulo noveno de Daniel. El mensaje proclamado por Miller y sus colaboradores anunciaba la conclusión de los 2300 días de Dan. 8:14, de los cuales las setenta semanas forman parte. En cada caso la predicación se fundaba en el cumplimiento de una parte diferente del mismo gran período profético.

Como los primeros discípulos, Guillermo Miller y sus colaboradores no comprendieron ellos mismos enteramente el alcance del mensaje que proclamaban. Los errores que existían desde hacía largo tiempo en la iglesia les impidieron interpretar correctamente un punto importante de la profecía. Por eso si bien proclamaron el mensaje que Dios les había confiado para que lo diesen al mundo, sufrieron un desengaño debido a un falso concepto de su significado.

Al explicar Dan. 8:14 "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario," Miller, como ya lo hemos dicho, aceptó la creencia general de que la tierra era el santuario, y creyó que la purificación del santuario representaba la purificación de la tierra por el fuego a la venida del Señor. Por consiguiente, cuando echó de ver que el fin de los 2300 días estaba predicho con precisión, sacó la conclusión de que esto revelaba el tiempo del segundo advenimiento. Su error provenía de que había aceptado la creencia popular relativa a lo que constituye el santuario.

En el sistema típico -que era sombra del sacrificio y del sacerdocio de Cristo- la purificación del santuario era el último servicio efectuado por el sumo sacerdote en el ciclo anual de su ministerio. Era el acto final de la obra de expiación- una remoción o apartamiento del pecado de Israel. Prefiguraba la obra final en el ministerio de nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, en el acto de borrar los pecados de su pueblo, que están consignados en los libros celestiales. Este servicio envuelve una obra de investigación, una obra de juicio, y precede inmediatamente la venida de Cristo en las nubes del cielo con gran poder y gloria, pues cuando él venga, la causa de cada uno habrá sido fallada. Jesús dice: "Mi galardón está conmigo, para dar la recompensa a cada uno según sea su obra." (Apoc. 22:12, V.M.) Esta obra de juicio, que precede inmediatamente al segundo advenimiento, es la que se anuncia en el primer mensaje angelical de Apoc. 14:7: "¡Temed a Dios y dadle honra; porque ha llegado la hora de su juicio!" (V.M.)

Los que proclamaron esta amonestación dieron el debido mensaje a su debido tiempo.

Pero así como los primitivos discípulos declararan: "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios," fundándose en la profecía de Daniel 9, sin darse cuenta de que la muerte del Mesías estaba anunciada en el mismo pasaje bíblico, así también Miller y sus colaboradores predicaron el mensaje fundado en Dan. 8:14 y Apoc. 14:7 sin echar de ver que el capítulo 14 del Apocalipsis encerraba aún otros mensajes que debían ser también proclamados antes del advenimiento del Señor. Como los discípulos se equivocaron en cuanto al reino que debía establecerse al fin de las setenta semanas, así también los adventistas se equivocaron en cuanto al acontecimiento que debía producirse al fin de los 2.300 días. En ambos casos la circunstancia de haber aceptado errores populares, o mejor dicho la adhesión a ellos, fue lo que cerró el espíritu a la verdad. Ambas escuelas cumplieron la voluntad de Dios, proclamando el mensaje que él deseaba fuese proclamado, y ambas, debido a su mala comprensión del mensaje, sufrieron desengaños.

Sin embargo, Dios cumplió su propósito misericordioso permitiendo que el juicio fuese proclamado precisamente como lo fue. El gran día estaba inminente, y en la providencia de Dios el pueblo fue probado tocante a un tiempo fijo a fin de que se les revelase lo que había en sus corazones. El mensaje tenía por objeto probar y purificar la iglesia. Los hombres debían ser inducidos a ver si sus afectos pendían de las cosas de este mundo o de Cristo y del cielo. Ellos profesaban amar al Salvador; debían pues probar su amor. ¿Estarían dispuestos a renunciar a sus esperanzas y ambiciones mundanas, para saludar con gozo el advenimiento de su Señor? El mensaje tenía por objeto hacerles ver su verdadero estado espiritual; fue enviado misericordiosamente para despertarlos a fin de que buscasen al Señor con arrepentimiento y humillación.

Además, si bien el desengaño era resultado de una comprensión errónea del mensaje que anunciaban, Dios iba a predominar para bien sobre las circunstancias. Los corazones de los que habían profesado recibir la amonestación iban a ser probados. En presencia de su desengaño, ¿se apresurarían ellos a renunciar a su experiencia y a abandonar su confianza en la Palabra de Dios o con oración y humildad procurarían discernir en qué puntos no habían comprendido el significado de la profecía? ¿Cuántos habían obrado por temor o por impulso y arrebató? ¿Cuántos eran de corazón indeciso e incrédulo? Muchos profesaban anhelar el advenimiento del Señor. Al ser llamados a sufrir las burlas y el oprobio del mundo, y la prueba de la dilación y del desengaño, ¿renunciarían a su fe? Porque no pudieran comprender luego los caminos de Dios para con ellos, ¿rechazarían verdades confirmadas por el testimonio más claro de su Palabra?

CS:376. Las setenta semanas, o 490 años concedidos a los judíos, terminaron, como lo vimos, en el año 34 d.C. En dicha fecha, por auto del Sanedrín judaico, la nación selló su rechazamiento del Evangelio con el martirio de Esteban y la persecución de los discípulos de Cristo. Entonces el mensaje de salvación, no estando más reservado exclusivamente para el pueblo elegido, fue dado al mundo. Los discípulos, obligados por la persecución a huir de Jerusalén, "andaban por todas partes, predicando la Palabra." "Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les proclamó el Cristo." Pedro, guiado por Dios, dio a

conocer el Evangelio al centurión de Cesarea, el piadoso Cornelio; el ardiente Pablo, ganado a la fe de Cristo fue comisionado para llevar las alegres nuevas "lejos . . . a los gentiles." (Hechos 8:4-5; 22:21, V.M.)

Hasta aquí cada uno de los detalles de las profecías se ha cumplido de una manera sorprendente, y el principio de las setenta semanas queda establecido irrefutablemente en el año 457 a.C. y su fin en el año 34 d.C. Partiendo de esta fecha no es difícil encontrar el término de los 2300 días. Las setenta semanas -490 días- descontadas de los 2300 días, quedaban 1810 días. Concluidos los 490 días, quedaban aún por cumplirse los 1810 días. Contando desde 34 d.C., los 1810 años alcanzan al año 1844. Por consiguiente los 2300 días de Dan. 8:14 terminaron en 1844. Al fin de este gran período profético, según el testimonio del ángel de Dios, "el santuario" debía ser "purificado." De este modo la fecha de la purificación del santuario -la cual se creía casi universalmente que se verificaría en el segundo advenimiento de Cristo- quedó definitivamente establecida.

1MS:463. La reconciliación significa que desaparece toda barrera entre el alma y Dios, y que el pecador comprende lo que significa el amor perdonador de Dios. Debido al sacrificio hecho por Cristo para los hombres caídos, Dios puede perdonar en justicia al transgresor que acepta los méritos de Cristo. Cristo fue el canal por cuyo medio pudieron fluir la misericordia, el amor y la justicia del corazón de Dios al corazón del pecador. "El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9).

4CBA:1194. Mediante sus agentes escogidos, Dios bondadosamente hará conocer sus propósitos. Entonces avanzará la grandiosa obra de la redención. Los hombres sabrán de la reconciliación para la iniquidad y de la justicia eterna que el Mesías trajo por medio de su sacrificio. La cruz del Calvario es el gran centro. Cuando se acepta esta verdad y se obra en consonancia con ella, se hace efectivo el sacrificio de Cristo. Esto es lo que Gabriel reveló a Daniel en respuesta a la ferviente oración. De esto hablaron Moisés y Elías con Cristo durante su transfiguración. Mediante la humillación de la cruz, él habría de proporcionar eterna liberación a todos los que imitaran su conducta dando evidencias positivas de que se han apartado del mundo (Carta 201, 1899).

7T:148-149. El amor y temor de Dios, el sentido de su bondad y santidad serán visibles en cada institución. Una atmósfera de amor y paz rodeará todos los departamentos. Cada palabra pronunciada, cada trabajo realizado, tendrá una influencia correspondiente a la del cielo. Cristo habitará en el hombre y el hombre morará en Cristo. En todos los trabajos se manifestará el carácter del Dios infinito y no el del hombre. La influencia divina comunicada por los santos ángeles impresionará a las mentes puestas en relación con los empleados; y de cada uno de ellos se desprenderá una fragante influencia.

Cuando estén llamados a entrar en nuevos campos, los obreros así formados irán como representantes del Salvador, capaces de ser útiles en su servicio y de comunicar a otros,

por el precepto y el ejemplo, un conocimiento de la verdad presente. El carácter formado por la potencia divina recibirá la luz y gloria del cielo y será delante del mundo un testimonio que dirigirá las miradas de los hombres hacia el trono del Dios vivo.

Entonces la obra progresará con fuerza redoblada y se volverá cada vez más estable. Una eficiencia nueva se comunicará a cuantos trabajen en todos sus ramos. Las páginas impresas enviadas como mensajeros de Dios llevarán el sello del Eterno. Los rayos de luz del santuario celestial acompañarán la verdad preciosa que contienen. Como nunca antes, tendrán poder para despertar en las almas una convicción de pecado, para crear un deseo ardiente de justicia y de poseer las cosas que no pasarán. Habrá hombres que aprenderán a reconocer la reconciliación y justicia eternas que el Mesías trajo por su sacrificio. Muchos serán llevados a compartir la gloriosa libertad de los hijos de Dios y estarán con el pueblo de Dios para dar la bienvenida a nuestro Señor y Salvador, cuando, pronto, vendrá con gloria y potencia.

MM:184-185. La palabra del Señor a los que están conectados con sus instituciones es: "Limpiaos los que lleváis los vasos de Jehová." En todas nuestras instituciones dé el egoísmo lugar al amor y al trabajo desinteresado. Entonces el áureo aceite será vaciado de las dos ramas de olivo en los dos tubos de oro, los cuales se vaciarán en los vasos preparados para recibirlos. Entonces las vidas de los obreros de Cristo verdaderamente serán una exposición de las sagradas verdades de su palabra.

El temor de Dios y el sentido de su bondad y su santidad, circularán por cada institución. Una atmósfera de amor y paz impregnarán cada departamento. Cada palabra hablada, cada obra realizada, tendrá una influencia que corresponderá a la influencia del cielo. Cristo habitará en la humanidad, y la humanidad habitará en Cristo. En toda la obra aparecerá no el carácter del hombre finito, sino el carácter del Dios infinito. La divina influencia impartida por los santos ángeles impresionará las mentes que entren en contacto con los obreros, y de estos obreros saldrá una fragante influencia para todos los que escojan inhalarla. La buena tela del carácter elaborada mediante el poder divino recibirá luz y gloria del cielo, y se exhibirá ante el mundo como testigo, apuntando hacia el trono del Dios viviente.

Entonces la obra irá hacia delante con solidez y redobladas fuerzas. Una nueva eficiencia será impartida a los obreros en cada línea. Los hombres aprenderán de la reconciliación de la iniquidad, que el Mesías ha introducido mediante su sacrificio. El último mensaje de advertencia y salvación será dado con gran poder. La tierra será alumbrada con la gloria de Dios, y será para nosotros el atestiguar la pronta venida en poder y gloria, de Nuestro Señor y Salvador. (Carta 58, 1902).

1MS:463-464. En la profecía de Daniel se registra de Cristo que expiaría 464 "la iniquidad" y traería "la justicia perdurable" (Dan. 9: 24). Toda alma puede decir: "Mediante su perfecta obediencia, Cristo ha satisfecho las demandas de la ley y mi única esperanza

radica en acudir a él como mi sustituto y garantía, el que obedeció la ley perfectamente por mí. Por fe en sus méritos, estoy libre de la condenación de la ley. Me reviste con su justicia, que responde a todas las demandas de la ley. Estoy completo en Aquel que produce la justicia eterna. Él me presenta a Dios con la vestimenta inmaculada en la cual no hay una hebra que fue entretejida por instrumento humano alguno. Todo es de Cristo y toda la gloria, el honor y la majestad han de darse al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo".

Muchos piensan que deben esperar un impulso especial a fin de que puedan ir a Cristo; pero sólo es necesario acudir con sinceridad de propósito, decidiendo aceptar los ofrecimientos de misericordia y gracia que nos han sido extendidos. Hemos de decir: "Cristo murió para salvarme. El deseo del Señor es que sea salvado, e iré a Jesús sin demora, tal como soy. Me aventuraré a aceptar su promesa. Cuando Cristo me atraiga, responderé". El apóstol dice: "Con el corazón se cree para justicia" (Rom. 10: 10). Nadie puede creer con el corazón para justicia y obtener así la justificación por la fe mientras continúe en la práctica de aquellas cosas que prohíbe la Palabra de Dios, o mientras descuide cualquier deber conocido.

CS:394-395. Los discípulos seguían aferrándose a su amado Maestro con afecto indisoluble. Y sin embargo sus espíritus estaban envueltos en la incertidumbre y la duda. En su angustia no recordaron las palabras de Cristo que aludían a sus padecimientos y a su muerte. Si Jesús de Nazaret hubiese sido el verdadero Mesías, ¿habríanse visto ellos sumidos así en el dolor y el desengaño? Tal era la pregunta que les atormentaba el alma mientras el Salvador descansaba en el sepulcro durante las horas desesperanzadas de aquel sábado que medió entre su muerte y su resurrección.

Aunque el tétrico dolor dominaba a estos discípulos de Jesús, no por eso fueron abandonados. El profeta dice: "¡Aunque more en tinieblas, Jehová será mi luz! . . . Él me sacará a luz; veré su justicia." "Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día: lo mismo te son las tinieblas que la luz." Dios había dicho: "Para el recto se levanta luz en medio de tinieblas." "Y conduciré a los ciegos por un camino que no conocen; por senderos que no han conocido los guiaré; tornaré tinieblas en luz delante de ellos, y los caminos torcidos en vías rectas. Estas son mis promesas; las he cumplido, y no las he dejado sin efecto". (Miq. 7:8-9; Salmo 139:12; 112:4, V.M.; Isa. 42:16, V.M.)

Lo que los discípulos habían anunciado en nombre de su Señor, era exacto en todo sentido, y los acontecimientos predichos estaban realizándose en ese mismo momento. "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios," había sido el mensaje de ellos. Transcurrido "el tiempo" -las sesenta y nueve semanas del capítulo noveno de Daniel, que debían extenderse hasta el Mesías, "el Ungido"- Cristo había recibido la unción del Espíritu después de haber sido bautizado por Juan en el Jordán, y el "reino de Dios" que habían declarado estar próximo, fue establecido por la muerte de Cristo.

DTG:23. "MAS venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, . . . para que redimiese a los que estaban debajo de la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de

hijos".

La venida del Salvador había sido predicha en el Edén. Cuando Adán y Eva oyeron por primera vez la promesa, esperaban que se cumpliera pronto. Dieron gozosamente la bienvenida a su primogénito, esperando que fuese el Libertador. Pero el cumplimiento de la promesa tardó. Los que la recibieron primero murieron sin verlo. Desde los días de Enoc, la promesa fue repetida por medio de los patriarcas y los profetas, manteniendo viva la esperanza de su aparición, y sin embargo no había venido. La profecía de Daniel revelaba el tiempo de su advenimiento, pero no todos interpretaban correctamente el mensaje. Transcurrió un siglo tras otro, y las voces de los profetas cesaron. La mano del opresor pesaba sobre Israel, y muchos estaban listos para exclamar: "Se han prolongado los días, y fracasa toda visión."

Pero, como las estrellas en la vasta órbita de su derrotero señalado, los propósitos de Dios no conocen premura ni demora. Por los símbolos de las densas tinieblas y el horno humeante, Dios había anunciado a Abrahán la servidumbre de Israel en Egipto, y había declarado que el tiempo de su estada allí abarcaría cuatrocientos años. "Después de esto - dijo Dios, - saldrán con grande riqueza." Y contra esta palabra se empeñó en vano todo el poder del orgulloso imperio de los faraones. "En el mismo día" señalado por la promesa divina, "salieron todos los ejércitos de Jehová de la tierra de Egipto."* Así también fue determinada en el concilio celestial la hora en que Cristo había de venir; y cuando el gran reloj del tiempo marcó aquella hora, Jesús nació en Belén.

DTG:201. El tiempo de la venida de Cristo, su ungimiento por el Espíritu Santo, su muerte y la proclamación del Evangelio a los gentiles, habían sido indicados en forma definida. Era privilegio del pueblo judío comprender estas profecías y reconocer su cumplimiento en la misión de Jesús. Cristo instó a sus discípulos a reconocer la importancia del estudio de la profecía. Refiriéndose a la que fue dada a Daniel con respecto a su tiempo, dijo: "El que lee, entienda." Después de su resurrección, explicó a los discípulos en "todos los profetas" "lo que de él decían." El Salvador había hablado por medio de todos los profetas. "El espíritu de Cristo que estaba en ellos" "prenunciaba las aflicciones que habían de venir a Cristo, y las glorias después de ellas.'

Versículo 25. "Conoce, pues, y entiende que desde que salga la orden para restaurar y reedificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y 62 semanas. La plaza y la muralla se reedificarán en tiempos angustiosos."

PR:514-515. Mediante los patriarcas y los profetas, así como mediante las figuras y los símbolos, Dios hablaba al mundo del advenimiento de Quien lo libertaría del pecado. Una larga cadena de profecías inspiradas señalaba la venida del "Deseado de todas las gentes."(Hageo 2:7). Hasta el lugar de su nacimiento y el tiempo de su aparición fueron minuciosamente especificados.

El Hijo de David debía nacer en la ciudad de David. Dijo el profeta que de Belén saldría

"el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días del siglo."(Miq. 5:2).

"Y tú, Bet-lehem, en tierra de Judá, no eres de ninguna manera el más pequeño entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá el Caudillo que pastoreará a mi pueblo Israel."(Mat. 2:6, V.M.)

El tiempo en que iban a producirse el primer advenimiento y algunos de los principales acontecimientos relacionados con la vida y la obra del Salvador, fue comunicado a Daniel por el ángel Gabriel. Dijo éste: "Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para acabar la prevaricación, y concluir el pecado, y expiar la iniquidad; y para traer la justicia de los siglos, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos."(Dan. 9:24.) En la profecía un día representa un año. (Véase Núm. 14:34; Eze. 4:6). Las setenta semanas, o 490 días, representan 490 años. El punto de partida de este plazo se da así: "Sepas pues y entiendas, que desde la salida de la palabra para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas"(Dan. 9:25), es decir 69 semanas, o 483 años. La orden de reedificar a Jerusalén, según la completó el decreto de Artajerjes Longímano (véase Esdras 6: 14; 7: 1, 9), entró en vigencia en el otoño del año 457 a.C. Desde esa fecha, 483 años llegan hasta el otoño del año 27 de nuestra era. De acuerdo con la profecía, ese plazo debía llegar hasta el Mesías, o Ungido. En el año 27 de nuestra era, Jesús recibió, en ocasión de su bautismo, el unguimiento del Espíritu Santo, y poco después comenzó su ministerio. Se proclamó entonces el mensaje: "El tiempo es cumplido "(Mar. 1:15).

CS:428. Conviene a la política de Satanás que los hombres conserven las formas de religión, con tal que carezcan de piedad vital. Después de haber rechazado el Evangelio, los judíos siguieron conservando ansiosamente sus antiguos ritos, y guardaron intacto su exclusivismo nacional, mientras que ellos mismos no podían menos que confesar que la presencia de Dios ya no se manifestaba más entre ellos. La profecía de Daniel señalaba de modo tan exacto el tiempo de la venida del Mesías y predecía tan a las claras su muerte, que ellos trataban de desalentar el estudio de ella, y finalmente los rabinos pronunciaron una maldición sobre todos los que intentaran computar el tiempo. En su obcecación e impenitencia, el pueblo de Israel ha permanecido durante mil ochocientos años indiferente a los ofrecimientos de salvación gratuita, así como a las bendiciones del Evangelio, de modo que constituye una solemne y terrible advertencia del peligro que se corre al rechazar la luz del cielo.

Dondequiera que esta causa exista, seguirán los mismos resultados. Quien deliberadamente mutila su conciencia del deber porque ella está en pugna con sus inclinaciones, acabará por perder la facultad de distinguir entre la verdad y el error.

La inteligencia se entenebrece, la conciencia se insensibiliza, el corazón se endurece, y el alma se aparta de Dios. Donde se desdeña o se desprecia la verdad divina, la iglesia se verá envuelta en tinieblas; la fe y el amor se enfriarán, y entrarán el desvío y la disensión.

Los miembros de las iglesias concentran entonces sus intereses y energías en asuntos mundanos, y los pecadores se endurecen en su impenitencia.

CS:449-450. En el verano de 1844, a mediados de la época comprendida entre el tiempo en que se había supuesto primero que terminarían los 2.300 días y el otoño del mismo año, hasta donde descubrieron después que se extendían, el mensaje fue proclamado en los términos mismos de la Escritura: "¡He aquí que viene el Esposo!"

Lo que condujo a este movimiento fue el haberse dado cuenta de que el decreto de Artajerjes en pro de la restauración de Jerusalén, el cual formaba el punto de partida del período de los 2.300 días, empezó a regir en el otoño del año 457 a.C., y no a principios del año, como se había creído anteriormente. Contando desde el otoño de 457, los 2300 años concluían en el otoño de 1844. (Véanse el diagrama de la pág. 374 y también el Apéndice.)

CS:461-462. El pasaje bíblico que más que ninguno había sido el fundamento y el pilar central de la fe adventista era la declaración: "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el Santuario." (Dan. 8:14, V.M.) Estas palabras habían sido familiares para todos los que creían en la próxima venida del Señor. La profecía que encerraban era repetida como santo y seña de su fe por miles de bocas. Todos sentían que sus esperanzas más gloriosas y más queridas dependían de los acontecimientos en ella predichos. Había quedado demostrado que aquellos días proféticos terminaban en el otoño del año 1844. En común con el resto del mundo cristiano, los adventistas creían entonces que la tierra, o alguna parte de ella, era el santuario. Entendían que la purificación del santuario era la purificación de la tierra por medio del fuego del último y supremo día, y que ello se verificaría en el segundo advenimiento. De ahí que concluyeran que Cristo volvería a la tierra en 1844.

Pero el tiempo señalado había pasado, y el Señor no había aparecido. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debía estar pues errada; ¿pero dónde estaba el error? Muchos cortaron sin más ni más el nudo de la dificultad negando que los 2300 días terminasen en 1844. Este aserto no podía apoyarse con prueba alguna, a no ser con la de que Cristo no había venido en el momento en que se le esperaba. Alegábase que si los días proféticos hubiesen terminado en 1844, Cristo habría vuelto entonces para limpiar el santuario mediante la purificación de la tierra por fuego, y que como no había venido, los días no podían haber terminado.

Aceptar estas conclusiones equivalía a renunciar a los cómputos anteriores de los períodos proféticos. Se había comprobado que los 2.300 días principiaron cuando entró en vigor el decreto de Artajerjes ordenando la restauración y edificación de Jerusalén, en el otoño del año 457 a.C. Tomando esto como punto de partida, había perfecta armonía en la aplicación de todos los acontecimientos predichos en la explicación de ese período hallada en Dan. 9:25-27. Sesenta y nueve semanas, o los 483 primeros años de los 2.300 años debían alcanzar hasta el Mesías, el Ungido; y el bautismo de Cristo y su unción por el Espíritu Santo, en el año 27 de nuestra era, cumplían exactamente la predicción. En medio de la septuagésima semana, el Mesías había de ser muerto. Tres años y medio después de su

bautismo, Cristo fue crucificado, en la primavera del año 31. Las setenta semanas, o 490 años, les tocaban especialmente a los judíos. Al fin del período, la nación selló su rechazo de Cristo con la persecución de sus discípulos, y los apóstoles se volvieron hacia los gentiles en el año 34 de nuestra era. Habiendo terminado entonces los 490 primeros años de los 2.300, quedaban aún 1.810 años. Contando desde el año 34, 1.810 años llegan a 1844. "Entonces -había dicho el ángel- será purificado el Santuario." Era indudable que todas las anteriores predicciones de la profecía se habían cumplido en el tiempo señalado.

En ese cálculo, todo era claro y armonioso, menos la circunstancia de que en 1844 no se veía acontecimiento alguno que correspondiese a la purificación del santuario. Negar que los días terminaban en esa fecha equivalía a confundir todo el asunto y a abandonar creencias fundadas en el cumplimiento indudable de las profecías.

CS:373-375. "Desde la salida de la palabra para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas" -es decir sesenta y nueve semanas, o sea 483 años. El decreto de Artajerjes fue puesto en vigencia en el otoño del año 457 a.C. Partiendo de esta fecha, los 483 años alcanzan al otoño del año 27 d.C. (Véase el Apéndice, así como el diagrama de la pág. 374.) Entonces fue cuando esta profecía se cumplió. La palabra "Mesías" significa "el Ungido." En el otoño del año 27 d.C., Cristo fue bautizado por Juan y recibió la unción del Espíritu Santo. El apóstol Pedro testifica que "a Jesús de Nazaret: ... Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder". (Hechos 10:38, V.M.) Y el mismo Salvador declara: "El Espíritu del Señor está sobre mí; por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres." Después de su bautismo, Jesús volvió a Galilea, "predicando el evangelio de Dios, y diciendo: Se ha cumplido el tiempo". (Luc. 4:18; Mar. 1:14-15, V.M.)

DTG:73. El nacimiento del hijo de Zacarías, como el del hijo de Abrahán y el de María, había de enseñar una gran verdad espiritual, una verdad que somos tardos en aprender y propensos a olvidar. Por nosotros mismos somos incapaces de hacer bien; pero lo que nosotros no podemos hacer será hecho por el poder de Dios en toda alma sumisa y creyente. Fue mediante la fe como fue dado el hijo de la promesa. Es por la fe como se engendra la vida espiritual, y somos capacitados para hacer las obras de justicia.

A la pregunta de Zacarías, el ángel respondió: "Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios; y soy enviado a hablarte, y a darte estas buenas nuevas." Quinientos años antes, Gabriel había dado a conocer a Daniel el período profético que había de extenderse hasta la venida de Cristo. El conocimiento de que el fin de este período se acercaba, había inducido a Zacarías a orar por el advenimiento del Mesías. Y he aquí que el mismo mensajero por quien fuera dada la profecía había venido a anunciar su cumplimiento.

Ev:444-445. En nuestra época, tal como ocurriría en los días de Cristo, puede haber una comprensión e interpretación errónea de las Escrituras. Si los judíos hubieran estudiado las Escrituras con fervor y con oración, su investigación los habría recompensado con un verdadero conocimiento del tiempo, y no sólo del tiempo, sino también de la manera en la cual Cristo aparecería. No habrían confundido la gloriosa segunda venida de Cristo con

su primer advenimiento. Tenían el testimonio de Daniel; tenían el testimonio de Isaías y de otros profetas, tenían las enseñanzas de Moisés; y ahí estaba Cristo en medio de ellos, y ellos todavía investigaban las Escrituras en busca de evidencias concernientes a su venida. Y estaban haciendo a Cristo las mismas cosas profetizadas que le harían. Estaban tan cegados que no sabían lo que estaban haciendo.

CS:358-359. Cuando se produjo el primer advenimiento de Cristo, los sacerdotes y los fariseos de la ciudad santa, a quienes fueran confiados los oráculos de Dios, habrían podido discernir las señales de los tiempos y proclamar la venida del Mesías prometido. La profecía de Miqueas señalaba el lugar de su nacimiento. (Miq. 5:2). Daniel especificaba el tiempo de su advenimiento. (Dan. 9:25). Dios había encomendado estas profecías a los caudillos de Israel; no tenían pues excusa por no saber que el Mesías estaba a punto de llegar y por no habérselo dicho al pueblo. Su ignorancia era resultado de culpable descuido. Los judíos estaban levantando monumentos a los profetas de Dios que habían sido muertos, mientras que con la deferencia con que trataban a los grandes de la tierra estaban rindiendo homenaje a los siervos de Satanás. Absortos en sus luchas ambiciosas por los honores mundanos y el poder, perdieron de vista los honores divinos que el Rey de los cielos les había ofrecido.

Los ancianos de Israel deberían haber estudiado con profundo y reverente interés el lugar, el tiempo, las circunstancias del mayor acontecimiento de la historia del mundo: la venida del Hijo de Dios para realizar la redención del hombre. Todo el pueblo debería haber estado velando y esperando para hallarse entre los primeros en saludar al Redentor del mundo. En vez de todo esto, vemos, en Belén, a dos caminantes cansados que vienen de los collados de Nazaret, y que recorren toda la longitud de la angosta calle del pueblo hasta el extremo este de la ciudad, buscando en vano lugar de descanso y abrigo para la noche. Ninguna puerta se abre para recibirlos. En un miserable cobertizo para el ganado, encuentran al fin un refugio, y allí fue donde nació el Salvador del mundo.

CS:393-394. Si bien es cierto que la inteligencia de los hombres no es capaz de penetrar en los consejos del Eterno, ni de comprender enteramente el modo en que se cumplen sus designios, el hecho de que le resulten tan vagos los mensajes del cielo se debe con frecuencia a algún error o descuido de su parte. A menudo la mente del pueblo -y hasta de los siervos de Dios- es ofuscada por las opiniones humanas, las tradiciones y las falsas enseñanzas de los hombres, de suerte que no alcanzan a comprender más que parcialmente las grandes cosas que Dios reveló en su Palabra. Así les pasó a los discípulos de Cristo, cuando el mismo Señor estaba con ellos en persona. Su espíritu estaba dominado por la creencia popular de que el Mesías sería un príncipe terrenal, que exaltaría a Israel a la altura de un imperio universal, y no pudieron comprender el significado de sus palabras cuando les anunció sus padecimientos y su muerte.

El mismo Cristo los envió con el mensaje: "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios: arrepentíos, y creed el evangelio". (Mar. 1:15, V.M.) El mensaje se fundaba en la profecía del capítulo noveno de Daniel. El ángel había declarado que las sesenta y

nueve semanas alcanzarían "hasta el Mesías Príncipe," y con grandes esperanzas y gozo anticipado los discípulos anhelaban que se estableciera en Jerusalén el reino del Mesías que debía extenderse por toda la tierra.

Predicaron el mensaje que Cristo les había confiado aun cuando ellos mismos entendían mal su significado. Aunque su mensaje se basaba en Daniel 9:25, no notaron que, según el versículo siguiente del mismo capítulo, el Mesías iba a ser muerto. Desde su más tierna edad la esperanza de su corazón se había cifrado en la gloria de un futuro imperio terrenal, y eso les cegaba la inteligencia con respecto tanto a los datos de la profecía como a las palabras de Cristo.

Cumplieron su deber presentando a la nación judaica el llamamiento misericordioso, y luego, en el momento mismo en que esperaban ver a su malhechor, azotado, escarnecido y condenado, y elevado en la cruz del Calvario. ¡Qué desesperación y qué angustia no desgarraron los corazones de esos discípulos durante los días en que su Señor dormía en la tumba!

DTG:579. HASTA EL MESÍAS...Daniel os dirá, él es el Mesías.

PR:485. No obstante las maquinaciones de sus enemigos, abiertos o secretos, la obra de construcción seguía firmemente adelante, y en menos de dos meses después de la llegada de Nehemías a Jerusalén, la ciudad estaba ceñida de sus defensas, y los edificadores podían andar por la muralla y mirar hacia abajo a sus enemigos derrotados y asombrados. "Como lo oyeron todos nuestros enemigos -escribe Nehemías,- temieron todas las gentes que estaban en nuestros alrededores, y abatiéronse mucho sus ojos, y conocieron que por nuestro Dios había sido hecha esta obra".

PR:473. Pero la reedificación de las defensas de Jerusalén no progresó sin impedimentos. Satanás estaba obrando para incitar oposición y desaliento. Sambalat, Tobías y Gesem, sus principales agentes en este movimiento, se dedicaron a estorbar la obra de reconstrucción. Procuraron ocasionar división entre los obreros. Ridiculizaban los esfuerzos de los constructores, declarando imposible la empresa y prediciendo que fracasaría.

Versículo 26. "Después de las 62 semanas se quitará la vida del Mesías, y no por él mismo. Y el pueblo de un príncipe que ha de venir, destruirá a la ciudad y el Santuario. Su fin vendrá como una inundación, y hasta el fin de la guerra, será talada con asolamiento".

7CBA:925. Estas lecciones fueron enseñadas al pueblo escogido de Dios hace miles de años, y fueron repetidas mediante diversos símbolos y representaciones para que la obra de la verdad pudiera ser afianzada en cada corazón: que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados. La gran lección implícita en el sacrificio de cada víctima sangrante, impresa en cada ceremonia e inculcada por Dios mismo, era que únicamente mediante la sangre de Cristo se logra el perdón de los pecados; sin embargo, cuántos sufren el irritante yugo y cuán pocos sienten la fuerza de esta verdad, la tienen en cuenta personalmente y disfrutan de la bendición que podrían recibir mediante una fe perfecta en la sangre del Cordero de Dios. . .

La justicia exigía los sufrimientos del ser humano; pero Cristo suministró los sufrimientos de un Dios. No necesitaba hacer expiación por sí mismo mediante sufrimientos; todos sus sufrimientos fueron por nosotros. Todos sus méritos y toda su santidad quedaron a disposición del hombre caído, presentados como un regalo (Carta 12, 1892).

CS:28-29. Jesús declaró a los discípulos los castigos que iban a caer sobre el apóstata Israel y especialmente los que debería sufrir por haber rechazado y crucificado al Mesías. Iban a producirse señales inequívocas, precursoras del espantoso desenlace. La hora aciaga llegaría presta y repentinamente. Y el Salvador advirtió a sus discípulos: "Por tanto, cuando viereis la abominación del asolamiento, que fue dicha por Daniel profeta, que estará en el lugar santo (el que lee, entienda), entonces los que están en Judea, huyan a los montes". (Mat. 24:15-16; Luc. 21:20). Tan pronto como los estandartes del ejército romano idólatra fuesen clavados en el suelo sagrado, que se extendía varios estadios más allá de los muros, los creyentes en Cristo debían huir a un lugar seguro. Al ver la señal preventiva, todos los que quisieran escapar debían hacerlo sin tardar. Tanto en tierra de Judea como en la propia ciudad de Jerusalén el aviso de la fuga debía ser aprovechado en el acto. Todo el que se hallase en aquel instante en el tejado de su casa no debía entrar en ella ni para tomar consigo los más valiosos tesoros; los que trabajaran en el campo y en los viñedos no debían perder tiempo en volver por las túnicas que se hubiesen quitado para sobrellevar mejor el calor y la faena del día. Todos debían marcharse sin tardar si no querían verse envueltos en la ruina general.

CS:39-41. Destruído el templo, no tardó la ciudad entera en caer en poder de los romanos. Los caudillos judíos abandonaron las torres que consideraban inexpugnables y Tito las encontró vacías. Contemplólas asombrado y declaró que Dios mismo las había entregado en sus manos, pues ninguna máquina de guerra, por poderosa que fuera, hubiera logrado hacerle dueño de tan formidables baluartes. La ciudad y el templo fueron arrasados hasta sus cimientos. El solar sobre el cual se irguiera el santuario fue arado "como campo." (Jeremías 26: 18.) En el sitio y en la mortandad que le siguió perecieron más de un millón de judíos; los que sobrevivieron fueron llevados cautivos, vendidos como esclavos, conducidos a Roma para enaltecer el triunfo del conquistador, arrojados a las fieras del circo o desterrados y esparcidos por toda la tierra.

Los judíos habían forjado sus propias cadenas; habían colmado la copa de la venganza. En la destrucción absoluta de que fueron víctimas como nación y en todas las desgracias que les persiguieron en la dispersión, no hacían sino cosechar lo que habían sembrado con sus propias manos. Dice el profeta: "¡Es tu destrucción, oh Israel, el que estés contra mí; ... porque has caído por tu iniquidad!" (Oseas 13:9; 14:1, V.M.) Los padecimientos de los judíos son muchas veces representados como castigo que cayó sobre ellos por decreto del Altísimo. Así es como el gran engañador procura ocultar su propia obra. Por la tenacidad con que rechazaron el amor y la misericordia de Dios, los judíos le hicieron retirar su protección, y Satanás pudo regirlos como quiso. Las horribles crueldades perpetradas durante la destrucción de Jerusalén demuestran el poder con que se ensaña Satanás sobre aquellos que ceden a su influencia.

No podemos saber cuánto debemos a Cristo por la paz y la protección de que disfrutamos. Es el poder restrictivo de Dios lo que impide que el hombre caiga completamente bajo el dominio de Satanás. Los desobedientes e ingratos deberían hallar un poderoso motivo de agradecimiento a Dios en el hecho de que su misericordia y clemencia hayan coartado el poder maléfico del diablo. Pero cuando el hombre traspasa los límites de la paciencia divina, ya no cuenta con aquella protección que le libraba del mal. Dios no asume nunca para con el pecador la actitud de un verdugo que ejecuta la sentencia contra la transgresión; sino que abandona a su propia suerte a los que rechazan su misericordia, para que recojan los frutos de lo que sembraron sus propias manos. Todo rayo de luz que se desprecia, toda admonición que se desoye y rechaza, toda pasión malsana que se abriga, toda transgresión de la ley de Dios, son semillas que darán infaliblemente su cosecha. Cuando se le resiste tenazmente, el Espíritu de Dios concluye por apartarse del pecador, y éste queda sin fuerza para dominar las malas pasiones de su alma y sin protección alguna contra la malicia y perfidia de Satanás. La destrucción de Jerusalén es una advertencia terrible y solemne para todos aquellos que menosprecian los dones de la gracia divina y que resisten a las instancias de la misericordia divina. Nunca se dio un testimonio más decisivo de cuánto aborrece Dios el pecado y de cuán inevitable es el castigo que sobre sí atraen los culpables.

La profecía del Salvador referente al juicio que iba a caer sobre Jerusalén va a tener otro cumplimiento, y la terrible desolación del primero no fue más que un pálido reflejo de lo que será el segundo. En lo que acaeció a la ciudad escogida, podemos ver anunciada la condenación de un mundo que rechazó la misericordia de Dios y pisoteó su ley. Lóbregos son los anales de la humana miseria que ha conocido la tierra a través de siglos de crímenes. Al contemplarlos, el corazón desfallece y la mente se abruma de estupor; horrendas han sido las consecuencias de haber rechazado la autoridad del Cielo; pero una escena aun más sombría nos anuncian las revelaciones de lo porvenir. La historia de lo pasado, la interminable serie de alborotos, conflictos y contiendas, "toda la armadura del guerrero en el tumulto de batalla, y los vestidos revolcados en sangre" (Isa. 9:5, V.M.), ¿qué son y qué valen en comparación con los horrores de aquel día, cuando el Espíritu de Dios se aparte del todo de los impíos y los deje abandonados a sus fieras pasiones y a merced de la saña satánica? Entonces el mundo verá, como nunca los vio, los resultados del gobierno de Satanás.

DTG:692. De la caída de Jerusalén, los pensamientos de Jesús pasaron a un juicio más amplio. En la destrucción de la ciudad impenitente, vio un símbolo de la destrucción final que caerá sobre el mundo. Dijo: "Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué se hará?" Por el árbol verde, Jesús se representó a sí mismo, el Redentor inocente. Dios permitió que su ira contra la transgresión cayese sobre su Hijo amado. Jesús iba a ser crucificado por los pecados de los hombres. ¿Qué sufrimiento iba entonces a soportar el pecador que continuase en el pecado? Todos los impenitentes e incrédulos iban a conocer un pesar y una desgracia que el lenguaje no podría expresar.

1SAT:5. El Gran Rey mismo ha hecho una boda para su Hijo. Ha enviado a sus siervos por muchos centenares de años diciendo: "Venid porque las cosas están preparadas." ¡Pero cuán poco escuchan el llamado las gentes del mundo! Se burlan de ello y siguen el camino de sus empeños terrenales y placeres mundanos, mismas cosas que por siglos han hecho.. Pero el Rey envía adelante sus ejércitos y destruye a esos asesinos y quema la ciudad, y se nos dice en capítulo nueve de Daniel en el versículo 26, que "el pueblo del Príncipe que vendrá, destruirá la ciudad...; y el fin del mismo será terrible."

Versículo 27. "En otra semana confirmará el pacto a muchos. Y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Y sobre el ala del templo uno ejecutará la abominación asoladora, hasta que la ruina decretada caiga sobre el desolador".

DTG:200-201. Había declarado el ángel: "En otra semana [siete años] confirmará el pacto a muchos." Por siete años después que el Salvador empezó su ministerio, el Evangelio había de ser predicado especialmente a los judíos; por Cristo mismo durante tres años y medio, y después por los apóstoles. "A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda." En la primavera del año 31 de nuestra era, Cristo, el verdadero sacrificio, fue ofrecido en el Calvario. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, demostrando que el significado y el carácter sagrado del ritual de los sacrificios habían terminado. Había llegado el tiempo en que debían cesar los sacrificios y las oblações terrenales.

La semana -siete años- terminó en el año 34 de nuestra era. Entonces, por el apedreamiento de Esteban, los judíos sellaron finalmente su rechazamiento del Evangelio; los discípulos, dispersados por la persecución, "iban por todas partes anunciando la palabra;" poco después, se convirtió Saulo el perseguidor, y llegó a ser Pablo, el apóstol de los gentiles.

El tiempo de la venida de Cristo, su ungimiento por el Espíritu Santo,⁸ su muerte y la proclamación del Evangelio a los gentiles, habían sido indicados en forma definida. Era privilegio del pueblo judío comprender estas profecías, y reconocer su cumplimiento en la misión de Jesús. Cristo instó a sus discípulos a reconocer la importancia del estudio de la profecía. Refiriéndose a la que fue dada a Daniel con respecto a su tiempo, dijo: "El que lee, entienda." Después de su resurrección, explicó a los discípulos en "todos los profetas" "lo que de él decían." El Salvador había hablado por medio de todos los profetas. "El espíritu de Cristo que estaba en ellos" "prenunciaba las aflicciones que habían de venir a Cristo, y las glorias después de ellas".

CS:375. "Y en otra semana confirmará el pacto a muchos." La semana de la cual se habla aquí es la última de las setenta. Son los siete últimos años del período concedido especialmente a los judíos. Durante ese plazo, que se extendió del año 27 al año 34 d.C., Cristo, primero en persona y luego por intermedio de sus discípulos, presentó la invitación del Evangelio especialmente a los judíos. Cuando los apóstoles salieron para proclamar las buenas nuevas del reino, las instrucciones del Salvador fueron: "Por el camino de los Gentiles no iréis, y en ciudad de Samaritanos no entréis." (Mat. 10:5-6).

"A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda." En el año 31 de J. C., tres

años y medio después de su bautismo, nuestro Señor fue crucificado. Con el gran sacrificio ofrecido en el Calvario, terminó aquel sistema de ofrendas que durante cuatro mil años había prefigurado al Cordero de Dios. El tipo se encontró con el antitipo, y todos los sacrificios y oblaciones del sistema ceremonial debían cesar.

PR:515. Había dicho el ángel: "En otra semana [7 años] confirmará el pacto a muchos." Durante siete años después que el Salvador iniciara su ministerio, el Evangelio iba a ser predicado especialmente a los judíos; por Cristo mismo durante tres años y medio, y después por los apóstoles".

PR:515-516. "A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda". (Dan. 9:27). En la primavera del año 31 de nuestra era, Cristo, el verdadero Sacrificio, fue ofrecido en el Calvario. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, por lo cual se demostró que dejaban de existir el carácter sagrado y el significado del servicio de los sacrificios. Había llegado el momento en que debían cesar el sacrificio y la oblación terrenales. Aquella semana, o siete años, terminó en el año 34 de nuestra era. Entonces, al apedrear a Esteban, los judíos sellaron finalmente su rechazamiento del Evangelio; los discípulos, dispersados por la persecución, "iban por todas partes anunciando la palabra"(Hechos 8:4); y poco después se convirtió Saulo el perseguidor, para llegar a ser Pablo, el apóstol de los gentiles.

Las muchas profecías concernientes al advenimiento del Salvador inducían a los hebreos a vivir en una actitud de constante expectación. Muchos murieron en la fe, sin haber recibido las promesas; pero, habiéndolas visto desde lejos, creyeron y confesaron que eran extranjeros y advenedizos en la tierra. Desde los días de Enoc, las promesas repetidas por intermedio de los patriarcas y los profetas habían mantenido viva la esperanza de su aparición.

DTG:137. Con referencia al templo de Jerusalén, las palabras del Salvador: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré," tenían un significado más profundo que el percibido por los oyentes. Cristo era el fundamento y la vida del templo. Sus servicios eran típicos del sacrificio del Hijo de Dios. El sacerdocio había sido establecido para representar el carácter y la obra mediadora de Cristo. Todo el plan del culto de los sacrificios era una predicción de la muerte del Salvador para redimir al mundo. No habría eficacia en estas ofrendas cuando el gran suceso al cual señalaran durante siglos fuese consumado.

Puesto que toda la economía ritual simbolizaba a Cristo, no tenía valor sin él. Cuando los judíos sellaron su decisión de rechazar a Cristo entregándole a la muerte, rechazaron todo lo que daba significado al templo y sus ceremonias. Su carácter sagrado desapareció. Quedó condenado a la destrucción. Desde ese día los sacrificios rituales y las ceremonias relacionadas con ellos dejaron de tener significado. Como la ofrenda de Caín, no expresaban fe en el Salvador. Al dar muerte a Cristo, los judíos destruyeron virtualmente su templo. Cuando Cristo fue crucificado, el velo interior del templo se rasgó en dos de alto a bajo, indicando que el gran sacrificio final había sido hecho, y que el sistema de los sacrificios rituales había terminado para siempre.

4CBA:1167. Los judíos no hicieron más imágenes después de su largo cautiverio. Llamaban abominación a la imagen que ostentaban las insignias o estandartes romanos, especialmente cuando esos emblemas eran colocados en un lugar prominente para ser reverenciados. Consideraban que esa reverencia era una violación del segundo mandamiento. Cuando la insignia romana fue erigida en el lugar santo del templo, la consideraron como una abominación...

Deshonra a Dios el que se haga una imagen de él. Nadie debiera usar el poder de la imaginación para adorar lo que empequeñece a Dios en la mente y lo relaciona con cosas vulgares. Los que adoran a Dios deben adorarlo en espíritu y en verdad. Deben practicar una fe viva. De esta manera su culto será regido por una fe genuina y no por la imaginación.

ST, 20 de Febrero de 1901. "Cuando veáis en el lugar santo, la abominación desoladora, predicha por el profeta Daniel, —el que lee, entienda— entonces los que estén en Judea, huyan a los montes.

"El que esté en la azotea, no descienda a tomar algo de su casa." Y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa." Esta advertencia fue dada para ser acatada cuarenta años después, en la destrucción de Jerusalén. Los cristianos obedecieron, y ni uno de ellos pereció en la destrucción de la ciudad.

Comentario Bíblico Adventista:

1.

Año tercero.

En cuanto al reinado de Belsasar, ver la Nota Adicional del cap. 5. Empezando con el cap. 8, el autor vuelve a usar el hebreo (ver p. 777), idioma que emplea desde este punto hasta el final del libro.

Antes.

Indudablemente aquí se hace referencia a la visión del cap. 7.

2.

Yo estaba en Susa. En la RVA se lee "Susán" en vez de "Susa", pero esta segunda forma es la que se usa actualmente en nuestro idioma. N. del T.

Se ha debatido mucho si el profeta estuvo físicamente presente en Susa o si sólo estuvo allí en visión. El contexto no implica necesariamente la presencia corporal. "Vi en una visión", o sencillamente "Vi en visión", puede entenderse como la introducción a una serie de acontecimientos contemplados en visión sin que necesariamente existiera la presencia física. Encontramos otros ejemplos de profetas arrebatados en visión, pero que no fueron traspuestos en la realidad, como los casos de la "visita" de Ezequiel a Jerusalén (ver com.

Eze. 8:3) y la ida de Juan al desierto (Apoc. 17:3). Podríamos mencionar también las vivencias de Elena G. de White (PE:32, 39). Por otra parte, no puede probarse que Daniel no estuviera corporalmente en Susa en esa ocasión. No es difícil imaginar que sus viajes, ya fuera por motivos oficiales o por otras razones, pudieran haberlo llevado en alguna ocasión a la antigua metrópoli de Elam. Si hacemos comenzar el 1er año de Belsasar en 553, esta visión ocurrió cuando Elam quizá era aún una provincia babilónico, aunque pasó a manos de Ciro algún tiempo antes de que éste tomara a Babilonia. Josefo afirma que el profeta estaba realmente en Susa cuando recibió la visión (Antigüedades x. 11. 7).

Que es la capital del reino.

Heb. birah, "ciudadela", o "acrópolis". En hebreo este término está yuxtapuesto a Susa. La frase puede traducirse "en la ciudadela de Susa", o, "Susa, la plaza fuerte" (BJ). Según el historiador griego Jenofonte, los reyes persas más tarde usaron esta ciudad como residencia de invierno y pasaban el resto del año en Babilonia o en Ecbatana. Para más información sobre Susa, ver com. Ester 1:2.

Río Ulai.

Asirio Ula, un río no identificado. Los autores clásicos colocan a Susa junto al Eulao (Karun) o el Joaspes (Karkheh). Algunos eruditos lo ven como un canal entre los ríos Joaspes y Coprates.

3.

Un carnero... y tenía dos cuernos.

El ángel más tarde identifica este símbolo como una representación de los reyes de Media y de Persia (verso 20).

Uno era más alto que el otro.

Aunque surgió más tarde que Media, Persia llegó a ser el poder dominante cuando Ciro derrotó a Astiages de Media en 553 ó 550 a.C. Sin embargo, los medos no eran tratados como inferiores o como nación subyugada, sino más bien como confederados. Ver com. cap. 2:39.

4.

Al poniente.

Ciro conquistó a Lidia en 547 a.C. y a Babilonia en 539. Cambises extendió las conquistas por el sur hasta Egipto y Nubia en 525. Darío Histaspes fue hacia el norte contra los escitas en 513 (ver t. III, pp. 56-61).

El Imperio Medo-Persa abarcaba mucho más territorio que su predecesora, Babilonia. Tanto éxito tuvieron los ejércitos persas, que en días de Asuero (Ester 1:1) el imperio se extendía desde la India hasta Etiopía, las extremidades oriental y meridional del mundo entonces conocido. Un título frecuente del monarca persa era "rey de reyes" o "rey de los países".

Se engrandecía.

Heb., "hacía grandeza", o "se hizo grande" (BJ).

5.

Macho cabrío.

Se identifica como una representación de Grecia (verso 21), es decir del imperio macedónico de Alejandro (ver com. cap. 7:6).

Del lado del poniente.

Grecia quedaba al occidente del Imperio Persa.

Sin tocar tierra.

Esta descripción de gran rapidez representa adecuadamente la asombrosa velocidad de las conquistas de Alejandro y lo completas que fueron (ver com. cap. 7:6).

Un cuerno notable.

Según el verso 21 (ver también la profecía paralela del cap. 11:3-4), este cuerno notable representa al primer gran rey griego, es decir a Alejandro Magno (ver com. cap. 7:6).

7.

Se levantó contra él.

Heb. marar, que significa en la forma en que aquí se encuentra "enfurecerse". El lenguaje de este versículo da una idea de lo completa que fue la sujeción de Persia ante Alejandro Magno y sus huestes. El poder del Imperio Persa fue completamente quebrantado. El país fue asolado, sus ejércitos desbaratados y dispersados y sus ciudades saqueadas. La ciudad real de Persépolis, cuyas ruinas aún permanecen como monumento de su antiguo esplendor, fue totalmente incendiada.

8.

Se engrandeció.

O "se magnificó en gran manera" (ver versos 4, 9).

Estando en su mayor fuerza.

La profecía predijo que Alejandro caería cuando su imperio estuviera en el apogeo de su poder. A la edad de 32 años, aún en la flor de la vida, el gran caudillo murió de una fiebre agravada, sin duda, por la intemperancia del monarca. Ver com. cap. 7:6.

Otros cuatro cuernos notables.

Respecto a los cuatro reinos macedónicos (o helenísticos) en que se dividió el imperio de Alejandro, ver com. cap. 7:6; 11:3-4.

9.

Y de uno de ellos.

En el hebreo esta frase presenta problemas de género que confunden el sentido de la expresión. La palabra que significa "ellos" hem, es masculina. Esto indica que, gramaticalmente, el antecedente es "vientos" (verso 8) y no "cuernos", puesto que "vientos" puede ser del género masculino o femenino, pero "cuernos" sólo femenino. Por otra parte, la palabra que se traduce "uno", 'ajath, es femenina, por lo que sugiere el vocablo "cuernos" como antecedente. Es posible también que 'ajath se refiera a la palabra que significa "vientos", que es por lo general femenina. Pero es dudoso que el autor hubiera asignado dos géneros diferentes al mismo sustantivo en una relación de contexto tan estrecha. Para llegar a un acuerdo gramatical, la palabra 'ajath debiera ser cambiada al género masculino, haciendo así que toda la frase se refiera claramente a "vientos", o la palabra que significa "ellos" debiera ser cambiada al género femenino, y en tal caso la referencia sería ambigua, puesto que "vientos" o "cuernos" podrían ser el antecedente. Varios manuscritos hebreos tienen la palabra que se traduce "ellos" en el género femenino. Si esos manuscritos reflejaran el significado correcto, el pasaje todavía sería ambiguo.

Los comentaristas que interpretan que el "cuerno pequeño" del verso 9 se refiere a Roma no han podido explicar satisfactoriamente cómo puede decirse que Roma surgió de una de las divisiones del imperio de Alejandro. Si "ellos" se refieren a "vientos", desaparecen todas las dificultades. El pasaje entonces dice sencillamente que de uno de los cuatro puntos cardinales surgiría otro poder. Roma vino del oeste. En la explicación literal de los símbolos de la visión se dice que Roma se levantaría "al fin del reinado de éstos" (verso 23), es decir el "reinado" de los cuatro cuernos. Sin embargo, el verso 23 sólo se refiere al tiempo cuando surgiría el cuerno pequeño y no dice nada del lugar de su surgimiento, mientras que el verso 9 trata exclusivamente de su ubicación.

Debiera recordarse que el profeta está dando aquí un rápido relato de los símbolos proféticos tal como le fueron presentados. No está aún interpretando la visión. La interpretación de esta parte de la visión ocurre en el verso 23. Una regla importante que debiera seguirse al interpretar los símbolos de las visiones es asignar una interpretación sólo a aquellos elementos de la representación que estaban destinados a tener un valor interpretativo. Al igual que en las parábolas, se necesitan ciertos elementos para completar la presentación de la acción, elementos que no necesariamente tienen especial significado por sí mismos. Sólo la palabra inspirada puede determinar cuáles de ellos tiene valor para la interpretación. En vista de que en este caso la palabra inspirada (verso 23) sólo habla del tiempo cuando habría de surgir el poder representado por este cuerno y no dice nada en cuanto a su punto de origen geográfico, no hay razón para hacer resaltar la frase "de uno de ellos".

Siendo que la visión del cap. 8 es paralela con los bosquejos proféticos de los cap. 2 y 7, y siendo que en ambos casos el poder que sigue a Grecia es Roma (ver com. cap. 2:40; 7:7), es razonable suponer aquí que el "cuerno" del verso 9 también se aplica a Roma. Esta interpretación está confirmada porque Roma cumplió precisamente las diferentes especificaciones de la visión.

Un cuerno pequeño.

Este cuerno pequeño representa a Roma en sus dos fases: pagana y papal. Daniel vio a Roma primero en su fase imperial y pagana cuando combatía contra el pueblo judío y los cristianos primitivos, y después en su fase papal que continúa hasta nuestros días y se proyecta hacia el futuro, luchando contra la verdadera iglesia. Ver com. versos 13, 23 en relación con esta doble aplicación.

Mucho.

Heb. yéther que significa básicamente "resto". En unos pocos casos este vocablo describe, como lo hace aquí, lo que rebasa una medida, en el sentido de que deja un resto. Se traduce "principal" (Gén. 49:3), "abundantemente" (Salmo 31:23), "mucho más excelente" (Isa. 56:12). La palabra que se traduce "sobremanera" en Dan. 8:8 es me'od, la palabra más comúnmente usada para significar "mucho". En el AT me'od se traduce "sobremanera", o "en gran manera" (Gén. 13:13; 15:1; etc.). No podemos argüir que yéther (Dan. 8:9) representa un grado mayor que me'od. Cualquier predominio de Roma sobre Grecia debe probarse históricamente, no basándose en estas palabras.

Al sur.

Egipto fue durante largo tiempo un protectorado virtual de Roma. Su destino ya estaba en manos de Roma en 168 a.C. cuando se le ordenó que saliera del país a Antíoco Epífanes, que estaba tratando de hacer guerra contra los Ptolomeos. Egipto -que todavía estaba bajo la administración de sus gobernantes tolemaicos- fue un muñeco de la política romana oriental durante muchos años antes de llegar a ser una provincia romana el año 30 a.C.

Al oriente.

El imperio seléucida perdió sus territorios más occidentales ante Roma el 190 a. C., y finalmente se convirtió en la provincia romana de Siria el 65 a. C. o poco después.

La tierra gloriosa.

Heb. tsebi, "ornamento", "decoración", "gloria". Aquí se hace referencia a Jerusalén o a la tierra de Palestina. En el cap. 11: 16, 41 tsebi se traduce también "gloriosa". Sin embargo en esos pasajes, en hebreo está la palabra que significa "tierra", mientras que aquí esta palabra se sobreentiende. Palestina fue incorporada al Imperio Romano el 63 a. C.

10.

Ejército del cielo.

Daniel está aún describiendo lo que vio en visión. Puesto que posteriormente el ángel da la interpretación (verso 24), no quedamos en duda respecto al significado de lo que aquí se describe. El "ejército" y las "estrellas" evidentemente representan a "los fuertes" y al "pueblo de los santos" (verso 24).

Las pisoteó.

Esto se refiere a la furia con que Roma persiguió al pueblo de Dios tan a menudo a través de los siglos. En los días de los tiranos paganos, Nerón, Decio y Diocleciano, y nuevamente en los tiempos papales, Roma no vaciló nunca en tratar duramente a aquellos a quienes condenó.

11.

Príncipe de los ejércitos.

El verso 25 habla de que este mismo poder se levanta contra el Príncipe de los príncipes. Se hace referencia a Cristo que fue crucificado por la autoridad de Roma. Ver com. cap. 9:25; 11:22.

Por él.

Heb. mimménnu, que también puede traducirse "procedente de él", lo que no cambia el hecho de que "él" sea el autor de la acción. En este pasaje el hebreo presenta algunos difíciles problemas de traducción. Esa dificultad se ha reflejado, por ejemplo, en la versión griega de Teodocio. La traducción de la BJ es la siguiente: "Llegó incluso hasta el jefe [el mismo Dios', en nota de pie de página] del ejército, abolió el sacrificio perpetuo y sacudió el cimiento de su santuario". Obsérvese que no hay una diferencia básica entre "quitar" (RVR) el continuo y "abolir" (BJ) el continuo.

Continuo sacrificio.

Heb. tamid, palabra que aparece 103 veces en el AT y que se usa como adverbio y como adjetivo. Significa "continuamente" o "continuo", y se aplica a varios conceptos tales como empleo continuo (Eze. 39:14), mantenimiento permanente (2 Sam. 9:7-13), tristeza continua (Salmo 38:17), esperanza continua (Salmo 71:14), provocación continua (Isa. 65:3), etc. Se usa frecuentemente con relación al ritual del santuario para describir varios aspectos de sus servicios regulares, tales como el "pan continuo" que debía estar sobre la mesa de los panes de la proposición (Núm. 4:7), la lámpara que debía arder continuamente (Éxo. 27:20), el fuego que debía arder siempre sobre el altar (Lev. 6:13), las ofrendas encendidas que debían ofrecerse diariamente (Núm. 28:3, 6), el incienso que había de ofrecerse mañana y tarde (Éxo. 30:7-8). La palabra en sí no significa "sacrificio", sino simplemente "continuo" o "regular".

En el cap. 8:11 tamid tiene el artículo definido y por lo tanto se usa como adjetivo sustantivado, pues no hay otro sustantivo: "lo continuo". En el Talmud, cuando tamid se usa en forma independiente como aquí, la palabra se refiere uniformemente al sacrificio diario. Los traductores que agregaron la palabra "sacrificio" en todas las versiones castellanas de la Biblia, evidentemente creían que los holocaustos cotidianos eran el tema de la profecía.

En cuanto al significado de tamid en este pasaje se han sostenido tres opiniones principales:

1. Que el "continuo" se refiere exclusivamente a los sacrificios ofrecidos en el templo de

Jerusalén. Algunos expositores que mantienen esta opinión aplican la supresión del "continuo" a la interrupción de los servicios del templo realizada por Antíoco Epífanes durante un período de unos tres años, de 168 a 165 ó 167 a 164 a.C. (Ver com. cap. 11:14). Otros lo aplican a la desolación del templo por los romanos en 70 d.C.

2. Que el "continuo" significa "paganismo", en contraste con "la abominación desoladora" (cap. 11:31), o sea el papado; que ambos términos identifican a poderes perseguidores; que la palabra que se traduce "continuo" se refiere a la dilatada continuación de la oposición de Satanás a la obra de Cristo por medio del paganismo; que la supresión del continuo para poner "la abominación desoladora" representa a la Roma papal que ocupa el lugar de la Roma pagana, y que este acontecimiento es el mismo que se describe en 2 Tes. 2:7 y Apoc. 13:2.

3. Que el término "continuo" se refiere al continuo ministerio sacerdotal de Cristo en el santuario celestial (Heb. 7:25; 1 Juan 2:1) y a la verdadera adoración de Cristo en la era evangélica; que suprimir el "continuo" representa la sustitución hecha por el papado de la unión voluntaria de todos los creyentes en Cristo por la unión obligatoria con una iglesia visible; la sustitución de Cristo como cabeza invisible de la iglesia por la autoridad de una cabeza visible, el papa; la sustitución del acceso directo a Cristo para todos los creyentes por una jerarquía sacerdotal; la sustitución de la salvación por la fe en Cristo por un sistema de salvación mediante obras ordenadas por la iglesia, y muy especialmente la sustitución de la obra mediadora de Cristo como nuestro gran sumo sacerdote en las cortes celestiales por el confesionario y el sacrificio de la misa; y que este sistema desvió completamente la atención de los hombres de Cristo y así les impidió recibir los beneficios de su ministerio.

Además, puesto que esta tercera opinión sostiene que el cuerno pequeño es símbolo tanto de la Roma imperial como de la Roma papal (ver com. verso 9, 13), las predicciones respecto a sus actividades pueden también entenderse como aplicables por igual a la Roma pagana y a la Roma papal. Así el "continuo" también puede referirse al templo terrenal y a sus servicios, y la supresión del "continuo" a la desolación del templo por las legiones romanas en 70 d.C. y la consiguiente cesación de los servicios ceremoniales. A este aspecto de la actividad de "la abominación desoladora" Cristo se refirió en su resumen de los acontecimientos futuros (ver com. Dan. 11:31, cf. Mat. 24:15-20; Luc. 21:20).

Al comentar sobre estas tres opiniones puede decirse que la primera queda descartada porque a Antíoco no se le puede ubicar dentro de los períodos que implican tiempo ni en las otras especificaciones de la profecía (ver com. Dan. 9:25).

Tanto la segunda interpretación como la tercera han sido sostenidas por varios hábiles expositores dentro del movimiento adventista, aunque la última es la que actualmente tiene más aceptación. Algunos consagrados estudiantes de la Biblia han pensado que el "continuo" se refiere al paganismo y otros, igualmente consagrados, que el "continuo" se refiere al ministerio sacerdotal de nuestro Señor. Quizá éste sea uno de los pasajes de la Escritura respecto al cual deberemos esperar hasta un día mejor para tener una respuesta

definitiva. Como ocurre con otros pasajes difíciles de la Escritura, nuestra salvación no depende de una comprensión plena del significado de Dan. 8:11.

Ver en las pp. 63-68 el desarrollo histórico de la segunda posición y de la tercera.

Lugar.

Heb. makon, "sitio". Se usa la palabra makon en la frase "a la casa de Dios,... para reedificarla en su sitio" (Esdras 2:68). Es posible que aquí se haga referencia principalmente a la destrucción de Jerusalén (ver Dan. 9:26).

12.

Ejército.

Heb. tsaba', que significa generalmente "hueste", o "ejército", y unas pocas veces "servicio", tal como servicio militar o trabajo forzado (ver Job 7:1; 10:17; 14:14; Isa. 40:2). Si se interpreta como "hueste" o "ejército", la predicción puede referirse a las multitudes que cayeron bajo la influencia de este poder. El poder llegaría a ser fuerte, "mas no con fuerza propia" (Dan. 8:24). Ver com. Dan. 10: 1.

Eché por tierra la verdad.

El papado recargó la verdad con tradiciones y la oscureció con supersticiones.

13.

¿Hasta cuándo?

Heb., "¿Hasta cuándo la visión, el continuo y la transgresión desoladora dar el santuario y el ejército [a] pisoteo?"

Continuo sacrificio.

Ver com. verso 11.

La prevaricación asoladora.

Este término abarca tanto el sistema pagano como el sistema papal de falsa religión en pugna con la religión de Dios (ver com. verso 9, 11).

Santuario.

Ver com. verso 14.

Ejército.

Ver com. verso 10.

14.

Y él dijo.

LXX, Teodocio y el siríaco rezan "a él".

Tardes y mañanas.

Heb. 'éreb bóqer, literalmente "tarde mañana", una expresión comparable con la descripción de los días de la creación, "la tarde y la mañana un día" (Gén. 1:5), etc. La LXX usa la palabra "días" después de la expresión "tarde y mañana".

Tratando de hacer coincidir aproximadamente este período con los tres años durante los cuales Antíoco IV asoló el templo, algunos han computado hábilmente la expresión "2300 tarde-mañana" como si sólo correspondiera con 1150 días literales.

Acerca de esto, Keil ha advertido que el período de 2300 tardes y mañanas de ninguna manera podría ser entendido como "2300 medios días ni como 1150 días enteros porque en la creación la tarde y la mañana no constituían la mitad de un día sino todo el día". Después de citar esta declaración, Edward Young dice: "Por eso debemos entender la frase como 2.300 días" (The Prophecy of Daniel, p. 174).

Los comentaristas han tratado sin éxito de encontrar algún acontecimiento histórico que se amolde a un período de 2.300 días literales. Wright observa: "Sin embargo, todos los esfuerzos para armonizar este período, ya se lo considere como de 2.300 días o de 1.150 días, con cualquier época histórica precisa que se mencione en el libro de los Macabeos o en Josefo, han sido inútiles... El Prof. Driver tiene razón al afirmar: 'Parece imposible encontrar dos acontecimientos separados por 2.300 días (=6 años y 4 meses) que corresponderían con la descripción' " (Charles H. H. Wright, Daniel and His Prophecies, 1906, pp. 186-187). La única forma en que se puede dar consistencia a estos "días" es computarlos en el sentido profético mediante la aplicación del principio de día por año.

El tiempo al cual se hace referencia aquí es específico y definido, pero en el cap. 8 no se indica ninguna fecha para su comienzo. Sin embargo, en el cap. 9 se menciona específicamente tal fecha (ver com. verso 25). Demostraremos que esta fecha es 457 a.C. Partiendo de esta fecha, los 2300 días proféticos que representan el mismo número de años solares (ver com. cap. 7:25), llegan hasta el año 1844 d.C. Si se desea una prueba bíblica, ver el com. cap. 9:21 donde se da una explicación de la visión del cap. 8:13-14, estableciéndose el punto de partida de los 2300 días o años. Respecto a la validez de la fecha 457 a.C., ver com. cap. 9:25.

En la p. 61 ver el comentario sobre una edición de la LXX en donde figura "2.400" en vez de "2300", que antes se citaba a menudo pero es meramente un error de impresión.

Santuario.

Puesto que los 2.300 años se proyectan hasta bien avanzada la era cristiana, el santuario no puede referirse al templo de Jerusalén que fue destruido en el año 70 d.C. El santuario del nuevo pacto es inequívocamente el santuario celestial, "que levantó el Señor, y no el hombre" (Heb. 8:2; CS:463-470). Cristo es el sumo sacerdote de este santuario (Heb. 8:1). Juan previó un tiempo cuando se dirigiría especial atención hacia "el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él" (Apoc. 11:1). Los símbolos que usa el revelador son notablemente parecidos a los que se emplean en Dan. 8:11-13.

Será purificado.

Del hebreo tsadaq, "ser justo", "ser recto". La forma nifal, nitsdaq, sólo aparece aquí, lo que puede sugerir que se deba dar a este término un significado especial. Los lexicógrafos y traductores sugieren varios significados, tales como "ser puesto en rectitud", o "ser puesto en una condición correcta", "ser rectificado", "ser declarado recto", "ser justificado", o "ser vindicado". La traducción "será purificado" es la forma en que aparece en la LXX que aquí usa la forma verbal katharisthesetai. No se sabe si los traductores de la LXX dieron un significado adaptado al vocablo hebreo nitsdaq o tradujeron de manuscritos que tenían otra palabra hebrea, quizá tahar, que significa "estar limpio", "limpiar". La Vulgata usa la forma mundabitur, que también significa "limpiado". Ver com. cap. 9:24.

Para ayudar a determinar a cuál acontecimiento relacionado con el santuario celestial se hace referencia aquí, será útil examinar las ceremonias del santuario terrenal, porque los sacerdotes de ese santuario servían "a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales" (Heb. 8:5). Las ceremonias del santuario del desierto y del templo estaban divididas en dos grupos principales: el culto diario y el anual. El ministerio diario de Cristo como nuestro sumo sacerdote estaba simbolizado por las ceremonias diarias. El día anual de la expiación era símbolo de una obra que Cristo debía emprender al final de la historia. Para un estudio detallado de estas dos fases del ministerio sacerdotal ver com. Lev. 16; ver también CS:470-485. La profecía de Dan. 8:14 anuncia el tiempo cuando debía comenzar esta obra especial. La purificación del santuario celestial abarca toda la obra del juicio final que comienza con la fase de la investigación y termina con la fase de la ejecución, que da como resultado la erradicación permanente del pecado del universo.

Un aspecto importante del juicio final es la vindicación del carácter de Dios ante todas las inteligencias del universo. Debe demostrarse que no tienen ninguna base las acusaciones falsas que Satanás ha presentado contra el gobierno de Dios. Se debe mostrar que Dios ha sido completamente justo al elegir a ciertos individuos para que formen parte de su reino futuro y al impedir la entrada de otros allí. Los actos finales de Dios arrancarán de los hombres estas confesiones: "Justos y verdaderos son tus caminos" (Apoc. 15:3); "Justo eres tú, oh Señor" (Apoc. 16:5); "tus juicios son verdaderos y justos" (Apoc. 16:7). Satanás mismo será impulsado a reconocer la justicia de Dios (CS:728-730). La palabra griega de esos pasajes del Apocalipsis que se traduce por "Justo" es díkaios, equivalente al Heb. tsaddiq, derivado de tasadaq, raíz del verbo que se traduce "será purificado" en Dan. 8:14. De esta manera el Heb. tasadaq puede transmitir el pensamiento adicional de que el carácter de Dios será completamente vindicado como el clímax de "la hora de su juicio" (Apoc. 14:7), el cual comenzó en 1844. Ver Problems in Bible Translation (Problemas en la traducción de la Biblia), pp. 174 - 177.

15.

Procuraba comprenderla.

Daniel no comprendió el significado de lo que había visto. Muchas veces los mismos portadores de un mensaje profético necesitan estudiarlo para descubrir su significado (1 Pedro 1:10-12). Es el deber del profeta relatar fielmente lo que ha visto y oído (cf. Apoc.

1:11).

16.

Gabriel.

En el AT el nombre Gabriel sólo aparece aquí y en el cap. 9:21. El NT relata la aparición de este ser celestial para anunciar el nacimiento de Juan el Bautista (Luc. 1:11-20), y también para anunciar a María el nacimiento del Mesías (Luc. 1: 26-33). El visitante angélico dijo de sí mismo: "Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios" (Luc. 1:19). Gabriel ocupa el lugar del cual cayó Satanás (DTG 643; cf. DTG 73). Gabriel fue también el portador de los mensajes proféticos a Juan (Apoc. 1:1; cf. DTG:73). Ver com. Luc. 1:19.

17.

El tiempo del fin.

La visión abarcaba hasta el tiempo cuando el poder desolador sería destruido, acontecimiento relacionado con la venida de Jesús (2 Tes. 2:8).

Cuando se busque una interpretación de los símbolos de esa visión, debe recordarse que los últimos acontecimientos representados en la visión se cumplirán al final de la historia de este mundo. Cualquier exposición que encuentre su completo cumplimiento durante un período anterior, como por ejemplo el tiempo de los Macabeos (ver com. cap. 8: 25), no llena cabalmente las especificaciones indicadas por el ángel y debe considerarse errónea y engañosa.

19.

Al fin de la ira.

Ver com. verso 17.

20.

Carnero.

Ver com. verso 3-4.

21.

Macho cabrío.

Heb. Ña'ir, como adjetivo, "peludo", "lanudo"; como sustantivo, "macho cabrío" (Gén. 37:31; Lev. 4:23, etc.). Respecto a la interpretación, ver com. Dan. 8:5.

Cuerno grande.

Es un símbolo de Alejandro Magno, el "primer rey" del Imperio mundial Greco-macedónico que habría de reemplazar al Imperio Persa (ver com. verso 5-8; cap. 7:6).

22.

Cuatro reinos.

Comparar con verso 8; cap. 11:4. Ver com. cap. 7:6 respecto a los reinos helenísticos que surgieron del imperio de Alejandro. El cumplimiento preciso de estos detalles de la visión nos garantiza que lo que ha de seguir se cumplirá en la forma predicha.

23.

Al fin del reinado.

Es decir después que las divisiones del imperio de Alejandro hubieran existido durante algún tiempo. El Imperio de Roma surgió gradualmente y llegó a la supremacía sólo después que se debilitaron las divisiones del Imperio Macedónico. La profecía se aplica a Roma en sus dos formas, pagana y papal. Parece haber una combinación de aplicaciones; algunos elementos se aplican a ambas, otros más específicamente a una u otra (ver com. cap. 8:11). Es un hecho histórico bien establecido que Roma papal ha sido, en buena medida, la continuación del Imperio Romano.

"Cualesquiera hayan sido los elementos romanos que los bárbaros y arrianos dejaron,... fueron... puestos bajo la protección del obispo de Roma, que era la persona principal allí después de la desaparición del emperador.. De esa manera la iglesia romana calladamente se abrió paso en el lugar del Imperio Romano mundial, del que en realidad es la continuación. El imperio no ha perecido sino que sólo ha sufrido una transformación... Esto no es meramente una 'observación aguda', sino el reconocimiento histórico del verdadero estado de cosas y la forma más apropiada y fructífera de describir el carácter de esta iglesia. Aún gobierna a las naciones... Es una creación política, y tan imponente como un imperio mundial porque es la continuación del Imperio Romano. El papa, que se autodenomina 'Rey' y 'Pontífice Máximo', es el sucesor de Cesar" (Adolfo Harnack, *What Is Christianity?* [Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1903], pp. 260-270, la cursiva es del original).

Transgresores.

En las versiones griegas se lee "pecados", traducción del hebreo cambiando los puntos masoréticos.

Lleguen al colmo.

Puede hacerse referencia aquí a varias naciones, o posiblemente en forma especial a los Judíos que llenan la copa de su iniquidad (ver Gén. 15:16; Ed:169-172).

Se levantará.

Es decir asumirá el poder.

Altivo de rostro.

Probablemente se hace alusión a Deut. 28:49-55.

Enigmas.

Heb. Jidah, "figura", como en Núm. 12: 8 y Eze. 17:2; "enigma", como en Jueces 14:12; "pregunta", como en 1 Reyes 10:1. Algunos creen que el significado aquí es "lenguaje

ambiguo", o "trato artero".

24.

No con fuerza propia.

Compárese con "le fue entregado el ejército" (verso 12). Algunos interpretan que esto se refiere a que el papado redujo el poder civil a un estado de subordinación e hizo que la espada secular se esgrimiera para sus propósitos religiosos.

Causará grandes ruinas.

Mejor, "causará destrucción espantosa". Este poder persiguió a muerte a los que se oponían a sus pretensiones blasfemas y habría extinguido al "pueblo de los santos" si el Señor no hubiese intervenido en su favor.

25.

Sagacidad.

O "astucia". Los métodos de esta potencia son la sutileza y el engaño llevados a un grado sumo.

Sin aviso.

Es decir, mientras muchos estuvieran confiados, creyendo que vivían seguros, serían destruidos inadvertidamente.

Príncipe de los príncipes.

Evidentemente es el mismo personaje que se designa como "príncipe de los ejércitos" en el verso 11 y no es otro sino Cristo. Fue un gobernador romano quien sentenció a Cristo a muerte. Fueron manos romanas las que lo clavaron a la cruz y una lanza la que atravesó su costado.

No por mano humana.

Esto implica que el Señor mismo finalmente destruirá a este poder (ver cap. 2:34). El sistema eclesiástico representado por este poder ha de continuar hasta que sea destruido sin manos humanas en ocasión de la segunda venida de Cristo (ver 2 Tes. 2:8).

Algunos comentaristas han declarado que el poder del "cuerno pequeño" del cap. 8 simboliza a Antíoco Epífanes (ver com. cap. 11:14). Sin embargo, un cuidadoso examen de esta profecía demuestra que ese perseguidor rey selúcida sólo en parte corresponde con las especificaciones que en ella se hacen. Los cuatro cuernos del macho cabrío (cap. 8:8) eran reinos (verso 22), y es natural esperar que el cuerno pequeño hubiera sido también un reino. Pero Antíoco sólo fue un rey del imperio selúcida, y en consecuencia simbólicamente, fue parte de un cuerno. Por lo tanto, no podía ser otro cuerno completo. Además, este cuerno se engrandeció hacia el sur, al este y la tierra gloriosa de Palestina (verso 9). La entrada de Antíoco en Egipto acabó en humillación frente a los romanos. Sus éxitos en Palestina fueron de corta duración, y su campaña en el Oriente fue interrumpida por su

muerte. Su política de imponer el helenismo fracasó rotundamente, y su sagacidad no le trajo una prosperidad notable (verso 22).

Además Antíoco no vivió al final (verso 23) de los reinos helenísticos divididos, sino hacia la mitad del período; difícilmente se podría atribuir su poder a otro elemento sino a su propia fuerza (verso 22); su sagacidad y su política fracasaron más a menudo de lo que prosperaban (verso 25); no se levantó contra ningún "Príncipe de los príncipes" judío (verso 25); su acción de echar la verdad por tierra (verso 12) fue transitoria y fracasó totalmente porque fue un motivo para que los Judíos defendieran su fe contra el helenismo. Si bien habló palabras altivas, oprimió al pueblo de Dios y durante un corto tiempo profanó el templo, y aunque se podrían aducir algunos otros puntos parcialmente verdaderos respecto a sus actividades, es evidente que no encontramos en Antíoco un cumplimiento adecuado de muchas de las especificaciones de esta profecía. Ver com. verso 14; cap. 9:25; 11:31.

26.

Tardes y mañanas.

Es una clara referencia a la profecía del verso 14, donde figura el elemento tiempo (ver los comentarios allí). Por el momento el ángel no hace más aclaraciones en cuanto a la visión de los 2.300 días, sino sencillamente hace resaltar su veracidad.

Y tú guarda.

Compárese con una indicación similar registrada en cap. 12: 4 (ver los comentarios allí).

Muchos días.

El cumplimiento de los diversos detalles de la visión de este capítulo se extendería hasta el lejano futuro.

27.

Yo Daniel quedé quebrantado.

Es indudable que Daniel estaba muy afligido por los acontecimientos que le habían sido revelados. En vez de predecir un fin inmediato de la prevaricación, Gabriel informó al profeta que el fin ocurriría en un futuro distante.

No la entendía.

En otra oportunidad se daría a Daniel información adicional (ver com. cap. 9:23).

COMENTARIOS DE ELENA G. DE WHITE

1-27 PR:402, 406

12 PE:742

13-14 PR:406

14 CS:372, 376, 400, 450, 461, 469, 476, 479, 510, 540; Ev:166; NB:64, 70, 306; PE:42, 54, 63, 243, 250, 253; SR 369, 375, 377; 1T:52, 58.

16 DTG:201

26-27 PR:406

27 CS:372

<https://sites.google.com/site/eme1888> ; eme1888@gmail.com